Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Frank Caudett

Fantasía siniestra

EDICIONES FORUM

Frank Caudett

Fantasía siniestra

EDICIONES FORUM

1.ª edición: octubre, 1984
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

©Texto: Frank Caudett
© Cubierta: Ballester - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-032-5
Depósito Legal: B-32472-S984
Fotocomposición: Catalana de Fotocomposición, S. A.
Consejo de Ciento, 500. 08010 Barcelona
Impresión: T.G. Soler, S. A.
Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, octubre 1984

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

PRIMERA PARTE

1

Londres, marzo 1962

Nunca había creído en el destino ni en otras excusas de mal pagador al uso.

No entendía que los hombres, algunos, claro, aceptaran resignadamente la manipulación irreversible de unos hechos de los que eran protagonistas, eludiendo, a la par, todo protagonismo.

No me podía entrar, no me había entrado nunca en la cabeza, que alguien —el destino o quien fuese—, decidiera por nosotros y que al mismo tiempo se nos responsabilizara diciéndonos que gozábamos de inteligencia y disponíamos de un libre albedrío para decidir.

¿Qué era en ese caso lo que decidíamos nosotros… si todo estaba escrito?

Lo de que todo estaba escrito me parecía un axioma hecho a la medida de conformistas y perdedores natos. Una forma hasta filosófica, sin gran esfuerzo de contenido por supuesto, de resignarse frente a la propia incapacidad.

Si verdaderamente… todo estaba escrito, ¿qué demonios pintábamos aquí?

También me hacía muchísima gracia aquello de que, lo importante es participar. Acudir con semejante mentalidad a cualquier tipo de competición deportiva era aceptar, de antemano, la derrota. Porque si el objetivo ya estaba cumplido participando… Aquel eslogan sólo podía atribuírsele a uno que no hubiera ganado nunca por muy barón Pierre de Coubertin que se llamara quién había acuñado tan cómoda fórmula. Fórmula que podía aplicarse a la propia existencia en general admitiendo que lo importante es

haber nacido… justificando así el proceder de todos aquellos mortales que aceptaban sin mayores explicaciones la hegemonía del destino como dueño y señor de nuestros actos, como culpable inequívoco de nuestros errores y en consecuencia de nuestros aciertos si los había.

No.

Nunca había estado de acuerdo con aquel compendio de absurdas teorías.

Estaba convencido de que los hombres labrábamos nuestras tragedias y desgracias lo mismo que alcanzábamos por merecimientos propios triunfos y éxitos. Tenía la plena seguridad de que nuestro destino nos pertenecía de manera inalienable, de que lo forjábamos en función de la propia capacidad e inteligencia y, sobre todo, en base a la confianza que tuviéramos depositada en nosotros mismos.

Lo demás, composiciones demagógicas. Filosofías convencionales que resolvían problemas desde una perspectiva inhibitoria sin encontrar, en profundidad, la solución a ninguno.

Pero llegó un día, el día que iba a cambiar mi vida trastornando el futuro que yo había dispuesto para mí, para Percival Harrison… Llegó un día en que tuve que alterar mis convicciones y abrir resquicios a la duda. Un día en el que de manera instintiva admití que el destino existía, aceptando que yo no era dueño de mi propia historia como hasta entonces había creído.

Fue un día del mes de marzo de 1962. El mismo en que me fue asignado mi primer caso como fiscal. Aquel caso en que debía convencer a un jurado de que Mortimer Brown era culpable de asesinato en la persona de Elizabeth Redgrave, para la que trabajaba en calidad de mayordomo.

¿Por qué, precisamente, Mortimer Brown?

¿No podía haber sido cualquier otro ciudadano londinense?

¡Con la de millones de personas que vivían en Londres, yo tenía que debutar como fiscal obteniendo la condena de Mortimer Brown!

Precisamente, de Mortimer Brown.

Supe entonces que el destino existía y que no lo manejaba yo por lo que a mí concernía… porque de ser así, yo no habría sido el fiscal en la causa seguida contra el mayordomo de *lady* Redgrave. Supe también, en consecuencia, que el destino me jugaba la primera

mala pasada de mi existencia cuando contaba 26 años de edad.

Mortimer Brown y yo… nos habíamos criado y crecido juntos.

Pese a estar ubicados en dos latitudes casi antípodas del espectro social, él y yo habíamos compartido el pan y la sal a lo largo de 15 años, suficientes para generar entre ambos algo más que una amistad.

Podía decirse que Mortimer había nacido en mi casa dos años después de que yo viniera al mundo. Norma, su madre, era la cocinera de los Harrison, una de las cinco familias más poderosas económicamente hablando del Reino Unido. Con esto, es obvio, acabo de confesar que soy multimillonario. Máxime si se tiene en cuenta que mi padre era hijo único y yo había corrido idéntica suerte.

Por esa razón y otras muchas, Mortimer y un servidor habíamos crecido como auténticos hermanos. Mi padre decidió en su momento que gozara casi de idénticos privilegios que yo; que asistiera a la misma escuela; vistiese ropas de igual tejido confeccionadas por el sastre de la familia; frecuentara los mismos ambientes, etc., etc.

Con Mortimer habíamos peleado también como chinos; es cierto. Pero al día siguiente, un abrazo, y otra vez amigos.

Un buen día, cuando estaba a caballo de la veintena, decidió llegado el momento de salir al mundo por sí mismo. Que era hora de ventilarse las habichuelas sin gozar del proteccionismo de los Harrison. Un proteccionismo que él agradecía en lo que había valido pero del que necesitaba emanciparse para comprobar si Mortimer Brown era válido, si Mortimer Brown estaba capacitado para hacer cosas. Grandes o pequeñas, pero cosas. Por su cuenta y riesgo. A mí me pareció tremendamente lógico que Mortimer quisiera probarse a sí mismo aquello de lo que era capaz.

Su bagaje cultural sólido unido al círculo con que le había permitido relacionarse el estar en la órbita de los Harrison, fue determinante a la hora en que Mortimer decidiera entrar al servicio de una significada familia londinense en calidad de mayordomo. Y tan espectacular fue su éxito, tan depurado el estilo, que pronto fue objeto de la atención de figuras señoras de la mejor sociedad británica. De ahí que *lady* Redgrave, flamante viuda si es que podía decirse así de un destacado miembro de la cámara alta, no hubiese

regateado esfuerzos hasta conseguir la contratación de Mortimer.

Ahora, Elizabeth Redgrave estaba muerta.

Asesinada, por más señas.

Y Mortimer Brown sentado en el banquillo como presunto autor del crimen.

Mortimer contrajo nupcias el mismo año en que había entrado al servicio de *lady* Redgrave; o sea, tres atrás. De su matrimonio con Olivia Fabray había nacido una niña, Sheila, que en el momento de ser procesado su padre apenas si contaba quince meses de edad.

Y yo, su amigo de la infancia y buena parte de la adolescencia, yo, el hijo de su prócer, tenía que demostrar, valiéndome de las pruebas que la policía había puesto en mis manos, que Mortimer Brown era un asesino.

Yo, el hijo del hombre que le había equiparado a mi pese a todas las fronteras que nos distanciaban.

Era, pues, como para empezar a admitir errores. Para creer en el destino. En un destino que, al margen de los deseos y voluntad de uno, le trazaba el camino empujándole a seguirlo.

Obligándole a caminar por él.

Supe, al margen de que el destino era instrumento válido y que la frase todo está escrito era algo más que un axioma hecho para conformistas y perdedores… supe que, según se desarrollaran los acontecimientos, aquél iba a ser mi primer y último caso como fiscal de la Corte británica.

Por qué, ¡tenía que aceptarlo!, el destino lo había querido así.

2

El testimonio de Carroll Fox —ama de llaves de *lady* Redgrave— hundió definitivamente a mí amigo.

Eran tantas las ganas, tan enormes los deseos que tenía Carroll de colaborar con la justicia, que el más lerdo de los fiscales, a través de su declaración, habría acabado convenciendo a las piedras de que Mortimer Brown era el autor material del asesinato de Elizabeth Redgrave.

Yo intuí al momento, con sólo mirarla, que Carroll odiaba a Mortimer. Y lo odiaba por la elemental razón de estar perdidamente enamorada de él sin que él hubiera pasado nunca de darle los buenos días. El ama de llaves no le perdonó a Mortimer que hubiese dedicado todas sus atenciones extramatrimoniales a Elizabeth Redgrave.

»—Poco antes de que *miss* Nanette encontrara el cadáver de Elizab… ¡perdón!, de *lady* Redgrave, la oí discutir acaloradamente con Mortimer.

»—¿Sobre qué? —Había sido mi lógica pregunta.

»Y la respuesta:

»—Mortimer la estaba "asfixiando", señor fiscal.

»—Me temo que ni yo, ni el jurado, ni el Tribunal, entendemos su léxico, *miss* Fox. ¿Qué ha querido decir o significar con la palabra "asfixiando"?

Recuerdo que me había dedicado una sonrisa significativa.

»—Era del dominio público, señor, que *lady* Redgrave y Mortimer, se entendían.

»—¿Quiere usted decir que había intimidad entre ellos?

»—Entre ellos y entre sábanas…

En este punto el presidente del Tribunal la había llamado al orden exigiéndole que cuidara su vocabulario y se comportara de

acuerdo con lo requerido por la Sala.

»—… Con lo de que la "asfixiaba" he querido decir que Mortimer no paraba de ejercer a través de sus… ¿es adecuada la palabra favores? No paraba de sacarle dinero. Y cada día que pasaba, al parecer, sus exigencias económicas eran mayores. Para nadie de la casa era un secreto que *lady* Redgrave se había enamorado locamente de Mortimer el día en que acudió a una fiesta organizada por lord Granger, anterior jefe de Brown, proponiéndose contratarlo desde el mismo momento en que lo vio. Mortimer supo que aquélla era la oportunidad —había matizado muy intencionadamente la palabra oportunidad— de su vida y que no podía desaprovecharla. Las dos pasiones de él eran, y siguen siendo por lo visto, el juego y las mujeres. Elizabeth Redgrave acababa de ofrecerle la coyuntura de matar dos pájaros de un tiro.

En aquel momento la defensa había protestado, aduciendo que la testigo formulaba conclusiones por su cuenta y riesgo acerca de las supuestas debilidades del acusado y que incluso se arrogaba la paternidad de sus pensamientos más íntimos. Y que se refería, al mismo tiempo, a hechos que nada tenían que ver con los motivos de aquella vista. El Tribunal aceptó.

Volví a la carga con el ama de llaves rogándole se circunscribiera a los sucesos del día de autos. Más concretamente, a la conversación que ella había podido escuchar entre *lady* Redgrave y Mortimer Brown poco antes de que fuese descubierto el cadáver de aquélla.

»—Mortimer, por lo que se rumoreaba entre la servidumbre, había tenido últimamente una mala racha en el juego. Como a veces decía él mismo, las cartas le enseñaban el culo.

Nueva advertencia del presidente con amenaza de multa. Luego, había seguido diciendo Carroll Fox:

»—Había perdido, por lo visto, grandes cantidades de dinero. Contrajo deudas con cierta organización delictiva dedicada al préstamo con usura, la cual, aquel mismo día, habría dado un ultimátum al mayordomo. Es por eso que él acudía desesperadamente a Elizab… ¡oh, perdonen otra vez!, a *lady* Redgrave, exigiéndole una suma bastante elevada, a lo que ella se negó en redondo. Pude escuchar perfectamente como la señora le decía, casi a voz en grito, que estaba más que harta de sus

exigencias; que no iba a darle ni un penique más; que lo mejor que podía hacer era marcharse y desaparecer para siempre de su vida. Incluso… —Carroll Fox, columpiándose en aquella sutileza malintencionada y pérfida que sabían utilizar las mujeres en determinados momentos, provocó una pausa para que el silencio cobrara más densidad. Ahogando un supuesto sollozo hizo un gesto conmiserativo para impresionar a jurado y Tribunal, antes de proseguir con patético énfasis—. Incluso la oí exclamar con desesperación que maldecía el momento en que él se había cruzado en su camino.

Cuando intervine para preguntarle la respuesta de Mortimer a la negativa de *lady* Redgrave; *miss* Fox había respondido:

»—Con una rabia apenas contenida que me hizo estremecer —respondía con la disimulado entusiasmo—, le gritó: "¡Juro que me las pagarás, Elizabeth! ¡Lo juro!". Y apenas una hora después, como ya he relatado, Nanette, la doncella de la señora, encontró a *lady* Redgrave… —Otro sollozo de teatral patetismo, las manos a la cara y—: ¡Oh! ¡La encontró estrangulada!

Debo decir que ni un solo día de los que duró la vista reuní suficiente valor para enfrentarme a mí amigo. Incluso cuando, me dirigía a él, le señalaba con mi índice acusador y lo presentaba como el más abyecto y ruin de los mortales, lo hacía soslayando su mirada. En ningún momento, sus ojos y los míos se encontraron.

Obtener un veredicto de culpabilidad tras las declaraciones de Carroll Fox y Nanette Forbes, fue como pegarle a un niño.

Mortimer Brown fue condenado a terminar sus días en la horca.

Así de simple.

La sentencia se cumplió al año siguiente.

Fue terrible, sí.

Como terrible y canalla había sido conmigo aquel destino en el que jamás creyera.

Pero lo verdaderamente terrible sucedió dos meses después de que Mortimer Brown fuese ajusticiado.

3

Londres, septiembre 1963

El coche «fantasma» de la Brigada Volante pilotado por los inspectores Donald Wilder y Cornel Sutherland, recibió la llamada de la central lo mismo que el resto de vehículos diseminados por el área Hoxton-Shoreditch, radiada en estos términos:

»—Atención a todos los coches que se encuentren patrullando en la zona Hoxton-Shoreditch… Atención… Diríjanse a Pittifield Street 35, cerca de la confluencia de Mintern e Ivy Street… Atención… Una vecina asegura haber visto saltar al interior de la finca de *mistress* Laura Finney a través de la ventana del jardín a un hombre de aspecto sospechoso. Atención a todos los coches que se encuentren patrullando en…

Wilder, mirando a su compañero, dijo:

—Estamos debajo mismo, Sutherland. Esto es Crondall Street casi equina con Hoxton.

—¡Vamos para allá! —exclamó el otro.

Pisando el acelerador dio la vuelta por Hoxton Street para subir hasta Ivy como una exhalación, asomando al momento a la esquina de Pittifield. Salieron disparados del vehículo.

—¡Es allí, Donald! —gritó Sutherland—. ¡El 34!

Ambos sacaron sus pistolas.

Corrieron por el jardín hacia la ventana que mostraba evidencias de haber sido utilizada por el asaltante. Wilder cubrió a su compañero mientras éste saltaba al interior y luego hizo lo propio.

Se trataba de una salita de estar con puerta al pasillo. Se movieron con precaución alcanzando el corredor. Nada. Absoluto silencio.

Donald efectuó una seña indicando la escalera que desde el fondo del pasillo se dirigía al piso. Cornel asintió echando a correr por los peldaños con el revólver en ristre. Al llegar al descansillo, cubrió a Sutherland.

Había tres puertas a las que se fue acercando Wilder para escuchar a través de la madera. Auscultaba la de en medio cuando se puso tenso indicando a su compañero que en el interior se escuchaba movimiento. Tomaron posiciones a izquierda y derecha del dintel y Donald abrió con cierta violencia.

En el centro estaba tendido el cuerpo de una mujer. El ladrón, bajo y enjuto, se hallaba encogido sobre una cómoda cuyos cajones registraba y de los que, al parecer, ya había extraído varios objetos de valor.

—¡Brigada Volante! ¡Quieto! ¡Las manos arriba!

No esperaban los inspectores que aquello sucediera pero el tipo se revolvió, agachándose aún más, para utilizar la pistola que empuñaba con la diestra y que ellos no habían podido ver dada la posición del otro.

¡BANG!

El disparo restalló como un cañonazo dado lo reducido de las dimensiones. Y le siguieron dos más al tiempo que el delincuente pretendía correr rumbo a la ventana para saltar por ella.

Los miembros de la Brigada se lanzaron al suelo muy oportunamente esquivando los balazos que les enviaba. Oyeron chocar la cabeza contra el cristal y fue en aquel instante cuando Sutherland apretó el gatillo de su arma.

¡BANG!

—¡Aaaaaaaaag! —el grito brotó estremecedor de la garganta del fulano cuando ya se encontraba saliendo al vacío en busca de la gravilla del jardín.

El golpetazo de la caída fue espeluznante.

—¡Cuida de ella! —bramó Cornel a su compañero, mientras volvía sobre sus pasos en pos del delincuente.

Convencido de que su disparo había sido mortalmente preciso y que pocos minutos de vida le quedaban al ladrón, voló hacia el jardín. Desde luego, el impacto era mortal de necesidad porque había atravesado el cuello por debajo de la oreja izquierda siguiendo una trayectoria ascendente hasta salir rozando el maxilar

inferior por la parte opuesta. De ello pudo percatarse al volverlo boca arriba. Además, con la caída, se había producido un tremendo golpe en la frente, que aparecía ensangrentada. Aun así, el tipo respiraba. Sutherland echó a correr hacia el coche regresando al volante del mismo para meter al malherido ladrón encima del asiento trasero.

—¡Donald!

Asomó Wilder por la ventana, exclamando a su vez:

—¡La mujer está muerta, Cornel! Pero no hay señales de agresión… Debe de tratarse de un infarto o paro cardíaco.

—¡Maldita sea! —masculló el pelirrojo Cornel. Añadiendo—: Este canalla se encuentra grave. Hay que llevarlo al hospital más cercano. Llama por teléfono a la central para que manden una ambulancia.

—De acuerdo.

Sutherland regresó al vehículo para ponerlo en marcha disparando la sirena para dirigirse por Pittifield y en contra dirección hasta Tabernacle Street alcanzando por esta Finsbury Square, donde un giro suicida sobre dos ruedas le proyectó, más que puso, en Beech Street, y de ella a Aldersgate donde trazó otra arriesgada pirueta en zigzag para plantarse en Charterhouse Square ante la entrada principal del
«St. Bartholomew's
Medical School».

Tras el primer reconocimiento al herido, manifestó el traumatólogo de urgencias:

—Me ha traído usted un cadáver, inspector.

—Lo temía. ¿Le queda mucho…?

—Calculo, con el lógico margen al error que propician estos casos, una hora a lo sumo. ¿Por qué? ¿Quiere hablar con él?

—Quisiera, sí.

—Acabamos de administrarle un calmante para mitigar el dolor que le produce la herida y fuerte contusión de la frente. Eso le ayudará también a mantener cierta coherencia en el diálogo. Pero tenga en cuenta que está muy débil. Se llama o llamaba Leslie Atkins. Tome… —Le tendió un portadocumentos con cubiertas de plástico llenas de cortes que evidenciaban el cartón de debajo—, es cuánto llevaba encima.

—Supongamos que fuera su verdadero nombre —murmuró Sutherland recogiendo la documentación. Para preguntar—: ¿Puedo verlo ya?

Le precedió el médico hasta la sala anexa al quirófano donde habían llevado al tal Atkins por sí se hacía necesaria la intervención quirúrgica. Estaba tendido en una camilla y cubierto hasta el cuello con una sábana.

El pelirrojo se le acercó, inclinándose encima del rostro crispado que traslucía muestras de dolor y respiraba desacompasadamente.

—Leslie…

Le vio abrir los ojos con manifiesta dificultad. Y hasta con desesperación. Como si tratara de absorber con aquéllos, hacia adentro, toda la vida que era consciente se le escapaba por instantes.

Murmuró:

—¿E… res el poli que… e…?

—Sí. No te fatigues, muchacho. Te queda poco, no quiero engañarte.

—Lo sé… me… me est… oy —hablaba con notoria dificultad a causa del tremendo esfuerzo que le representaba articular palabras y sonidos.

—La mujer está muerta —anunció Sutherland, sin miramientos.

Parpadeó Atkins hasta cerrar los ojos. Una película de grasa hervía encima de su frente bañando la herida y el hematoma que la rodeaba. De pronto dilató las pupilas sobresaltado, intentando gritar:

—¡Yo La mat… é!

—Ha sido el corazón, Atkins. De esta muerte no te pasarán factura allá arriba.

El delincuente trató de mover la cabeza en sentido negativo lo cual le produjo un fuerte dolor. Tartajeando:

—¡La… la estran… gu… le!

Fue Sutherland quién desorbitó ahora las pupilas.

—¿Qué dices, muchacho? Deliras.

El otro intento de negar con la cabeza.

—Lad… y Elizab… eth. La estran… gulé yo. Ese desgra… ciado del may… ordo… mo, e… ra ino…

Cornel creyó que acababa de aguijonearle una avispa.

—¿Te estás refiriendo a Elizabeth Redgrave?

—Sí… Yo…

—¿Y has permitido que ahorcasen un inocente? Por muy a punto de morir que estés… ¡eres un canalla de mierda!

Los ojos pardos de Atkins que cada vez se aproximaban más a las imágenes confusas de otra dimensión, quisieron ser muy expresivos. Decir todo aquello que los labios, por falta de fuerza, no se atrevían a pronunciar. Aun así, logró decir:

—Gen… e amena… zó con matar… me s… í yo…

—¿Quién es Gene?

—E… herma… no de Eliz…

Leslie Atkins torció en aquel momento la cabeza y sus ojos se cerraron definitivamente.

Acababa de expirar.

—¡Maldita sea! ¿No podías haber esperado cinco minutos más?

4

Londres, septiembre 1963

—Es un asunto muy complicado, señor Harrison. Un asunto que entendemos hay que resolver con tacto y prudencia para no escandalizar a la opinión pública ni poner en entredicho la capacidad de nuestros engranajes legales. He hablado con lord O'Neil y con el presidente del Supremo, quienes se muestran de acuerdo con la solución que les he ofrecido.

Así se explicaba mirándome con una rectitud que me pareció acusadora el superintendente jefe de la Brigada Volante, Dennis Lack.

Objeté:

—Se me antoja terriblemente injusto esconder la justicia injusta que hemos sido capaces de administrar enviando un inocente a la horca. Entiendo que es ahora, precisamente, cuando debemos someternos al juicio de la opinión pública.

Lack, hombre de cincuenta años que parecía poseer el monopolio de la razón, trató de exhibir nuevos razonamientos quizá para potenciar aquella apariencia.

—¿Debo entender que el veredicto popular sobre un jurado, un fiscal y un juez, que a la vista de unos hechos y pruebas condenaron equivocadamente a Mortimer Brown… va a devolverle la vida a éste? Pienso que lo más positivo es poner en adelante todos los medios a nuestro alcance para evitar que ese gravísimo error vuelva a repetirse. Y pienso que nada positivo se derivará de una confesión en toda regla, hecho que sólo serviría para desestabilizar la credibilidad acerca de nuestro sistema de justicia.

—¿Sabe que Mortimer Brown y yo nos criamos juntos? —pregunté con ira apenas contenida—. Que el mayordomo de *lady* Redgrave creció bajo el patrocinio de mi familia… ¿sabe eso, superintendente?

Afirmó con un cabezazo.

—Y sé también que de no haberse producido la casual detención, confesión y muerte de Leslie Atkins, usted, con su dolor a cuestas nadie lo duda, tendría la conciencia tranquila por aquello del deber cumplido. Atkins actuó como detonante del odio que Gene Redgrave, oveja negra de la familia, le profesaba a su hermana Elizabeth. Desde su óptica diferente a la de Mortimer, también Gene chantajeaba a *lady* Redgrave, hasta que ella decidió cerrar la espita. Gene, loco de rabia, preparó el plan utilizando a su compinche. Le dijo que podía introducirse en la finca y llegar a los aposentos, privados de *lady* Elizabeth sin que nadie le viera… y que podía hacerse con un botín enjoyas superior al medio millón, amén de unas doscientas mil libras en efectivo. Le facilitó el duplicado de las llaves que él había obtenido con facilidad y Atkins puso manos a la obra. Pero, Gene se lo advirtió previamente… hay que matarla primero. Leslie Atkins lo hizo pero tuvo que salir huyendo después de estrangularla porque oyó pasos de alguien que se acercaba al dormitorio.

—¡Terrible… es terrible! —exclamé, sepultando el rostro entre las manos, preguntando luego—: ¿Qué ha sido de Gene Redgrave?

—Se suicidó cuando iban a detenerle arrojándose por la ventana del piso que ocupaba en la quinta planta de un edificio de apartamentos en el 79 de
Cook’s
Road.

—Entonces, usted sugiere… —no me atreví a terminar la frase.

—Mortimer fue ejecutado al encontrársele culpable del asesinato de *lady* Redgrave cuyo verdadero autor, Leslie Atkins, murió en un enfrentamiento con inspectores de esta Brigada. Gene, inspirador del delito, se ha suicidado. Todo, señor fiscal, está como estaba al principio.

Añadí sin pensarlo:

—Como al principio, sí… Como estaba escrito.

—¿Qué ha querido decir, señor Harrison?

—¿Cree usted en el destino, superintendente? —pregunté a mi vez.

—No… —murmuró, mirándome como si dudara de mi equilibrio psíquico—. No creo en el destino.

—Yo tampoco… hasta hace apenas un año.

—¿Es la sentencia contra Mortimer Brown la que le ha hecho…?

—Eso —no le dejé concluir el interrogante—, y la estúpida lentitud de los miembros de la Real Comisión para la Pena Capital que durante cuatro años estuvieron efectuando estudios acerca de su abolición para no decidirse finalmente… Que sólo han sabido solicitar un aplazamiento a su gestión. Aplazamiento que, junto a la ineptitud de muchos hombres entre ellos yo ¡maldita sea!, ha determinado que…

—De persistir en esa idea conseguirá volverse loco, señor Harrison.

—¿Cree que es lo peor que podría pasarme?

No supo, esta vez, qué contestar.

5

Todo quedó, sí, como estaba al principio.

De acuerdo con la solución brindada por Dennis Lack, mi amigo de la infancia pasaría a los anales de la historia criminal británica como el asesino de *lady* Elizabeth Redgrave. Así lo habían aceptado las altas jerarquías del gobierno y la justicia que entendían en aquel asunto.

Escabroso asunto.

Cuando llegué a casa aquella tarde tenía la decisión tomada. Encerrado en mi despacho a cal y canto, con orden expresa que no se me molestara, escribí una carta al ministro de Justicia y otra al presidente del Supremo, presentándoles mi dimisión irrevocable. Las causas estaban tan claras y eran tan tremendamente lógicas, que no me pareció necesario entrar en matices.

Llamé a continuación al mayordomo ordenándole que las entregase en mano al secretario de ambos destinatarios, lo que le hizo preguntarme:

—¿Y si no se hallan, señor?

—Déjelas en la secretaría de los correspondientes departamentos, exigiendo, eso sí, acuse de recibo. Y no tarde en regresar, Jenkins, porque dentro de dos horas emprendemos viaje a Northampton.

—¿Al castillo, señor? —Me miraba extrañado.

—Sí…

—Si me permite decírselo, entiendo que es una decisión acertada. El señor necesita descansar una temporada.

—El traslado es definitivo, Jenkins.

Aumentó la sorpresa de mi mayordomo.

—¿Quiere decir el señor que no…? ¡Oh, perdón! Me estoy excediendo en mis atribuciones.

—Tranquilo, Jenkins. Sé de su buena fe. He querido decir que no

regresaremos a Londres, en efecto. Bueno, al menos yo.

—Mi obligación está al lado del señor —quiso dejar bien sentado. Añadiendo—: Con el permiso del señor voy a comunicarlo al resto de la servidumbre. ¿Aviso a su secretario por si el señor desea escribir algún mensaje?

—No —negué con la cabeza. Y agregué—: Me encuentro al margen de todo tipo de formulismos y obligaciones sociales. Ya se enterarán de que he marchado cuando noten mi ausencia.

—Como desee el señor —y salió al punto del despacho.

Fue el viaje más aburrido y largo de mi vida. Me pareció que Northampton estaba al otro extremo del mundo. Antes de medianoche ya estaba instalado en aquel castillo propiedad de la familia Harrison desde hacía varios siglos, que se erguía en lo alto de una colina a pocos kilómetros de la capital del condado de Northamptonshire, en las márgenes de la sinuosa, carretera que unía aquella ciudad con la de Coventry.

Llegué convencido de que las solitarias, altas y vetustas paredes de aquel añejo reducto, conformaban el entorno más apropiado para ocultar mi vergüenza, mi dolor, el desprecio que sentía hacia mí mismo y el odio exacerbado que anidaba en mi corazón.

Porque odiaba feroz, brutalmente, aquel destino en el que jamás había creído. Y maldecía hasta el paroxismo aquella fantasía siniestra que a modo de telaraña formaba la justicia, injusta que tras segar la vida de un hombre inocente se aprestaba a arruinar mi existencia.

Sólo el destino, sí, podía permitirse la crueldad de cambiar por completo la trayectoria de una vida trazada sobre la honesta conciencia del buen hacer y la razón.

Un destino que, mirándolo fríamente, había sido mucho más implacable conmigo… mucho más despiadado, que con el propio Mortimer Brown. Él, al fin y al cabo, estaba libre. Fue entonces cuando me asaltó la pregunta… ¿Qué pensaría de mi Mortimer Brown allá donde se encontrara?

¿Dónde se encontraba Mortimer Brown?

Creí que comenzaba a volverme loco cuando pensé con fervor que habría deseado tener los poderes necesarios para comunicarme con Mortimer allá en la región donde se hallase.

Loco, sí, porque hubiera dado mi vida por hablar con él… en

aquel mismo momento.

6

Northampton, septiembre 1963

—Percivaaaaaaaal…

El eco extraño y vibrante de la voz que pronunciaba mi nombre me sobresaltó, arrancándome bruscamente de aquel sueño confuso y asfixiante que tanto me había costado conciliar.

—Percivaaaaaaaal…

Un nudo se espesó en mi garganta cuando de un manotazo aparté el embozo de las sábanas, buscando integrarme a toda prisa con la realidad envuelta en tinieblas que me rodeaba.

Tenía el paladar seco y la lengua pegada a él como si fuese de esparadrapo. Al despertarme había notado gotas de agua cálida empapando todo mi cuerpo. Y ahora, en fracciones de segundo, aquel baño de sudor acababa de convertirse en una película glacial.

Estaba helado como un témpano.

—Percivaaaaaaaal…

La voz que golpeaba mis tímpanos con eco tan vibrante como funesto sonaba allí, a mi lado, pero yo tenía la certeza de que era emitida por unos labios que se encontraban muy lejos de mí. En otro mundo. A una distancia que sólo podía salvarse con el espíritu pero jamás con el cuerpo.

Comencé a sentir miedo.

Pánico, para ser más exacto.

Un pánico atroz, demencial.

Porque estaba completamente seguro de que aquella voz pertenecía, o había pertenecido… a Mortimer Brown.

—¿Querías hablar conmigo, Percival?

Estuve a punto de encender la luz pero dos razones me

impidieron accionar el conmutador de la lámpara de la mesita de noche: el miedo que me atenazaba como una zozobra agónica impidiéndome mover un músculo y el terror que se había apoderado de mi impulsándome a alejarme de la realidad.

Pero… ¿cuál era la realidad?

Me aseguré, parpadeando, de que estaba despierto. Mordiéndome los labios obtuve la certeza de que no se trataba de un sueño.

Esforzándome por ser lógico, diciéndome que eran las secuelas de una horrible pesadilla acompañando el brusco despertar, quise abrazar la razón y explicarme que la única realidad era que mi subconsciente me acababa de gastar una broma macabra.

Y recobrando la movilidad de mis músculos di vuelta al interruptor.

—¡Válgame el cielo! —Me restregué furiosamente las pupilas—. ¡NO ES POSIBLE!

Dejé los ojos en libertad convencido de que aquella horrible visión producto de la propia fantasía nacida en el complejo de culpabilidad que me torturaba… convencido de que ya habría desaparecido.

NO…

Me llevé ahora las manos a la garganta, no sabía si en un intento de deshacer aquel nudo que se espesaba por momentos amenazando asfixiarme, o deseando ayudarle en su misión extintora para que los horrores que tenía, enfrente se esfumasen definitivamente.

Mortimer Brown estaba allí…

Mirándome con los ojos estrábicos, que el definitivo esfuerzo de la horca había disparado, abiertos y fijos, hacía distintos confines de las órbitas.

La horca…

¡También la horca estaba allí! ¡A los pies de mi cama!

—¡¡AUXILIO, DIOS MÍO!! ¡¡OOOH!! ¡¡AUXILIOOOOOOOOO!!

—¿Por qué gritas, Percival… por qué? ¿No es cierto que hace pocas horas habrías dado tu vida por hablar conmigo? Aquí me tienes…

Sus labios no se movían pero la voz de Mortimer llegaba hasta mí con mayor nitidez que antes. No procedente de otra dimensión como había creído, y sí saliendo por alguna parte de su cuerpo… de

aquel cuerpo que balanceaba siniestramente al extremo de la soga.

Las fuerzas volvieron a huir de mi dejándome a merced del morboso hechizo de aquella siniestra escenografía, cuando intentaba, desesperado; saltar de la cama y huir como un loco de aquella habitación.

—No puedes escapar de mí. Percival. No podrás, nunca, en lo que te reste de existencia. Estaré contigo para recordarte, siempre, el cruel énfasis puesto por ti en la consecución de una justicia injusta… Para recordarte que fuiste el verdadero verdugo. Mi asesino…

Conforme le oía vi con ojos que dilataba el pánico, que sus manos se habían levantado con exasperante lentitud para deshacer el nudo formado alrededor de su cuello.

Como queriendo escapar de la horca.

¡CLOC…!

Había caído al suelo impactando en él, con macabro chasquido, las plantas de los pies…

—Percival, amigo, ¿por qué no recordar ahora los tiempos de nuestra infancia? Puedes incluso reconocer que a veces te gustaba humillarme, te complacías ridiculizándome para dejar bien sentado quién era el señorito y…

—¡NOOOOOOO! ¡CÁLLATE! —aullé. Repitiendo—: ¡NOOOOOOOO! ¡CÁLLATE, MALDITO FANTASMA! TÚ… —Quise pensar sí era cierto o no lo que iba a añadir—. ¡TÚ ESTÁS MUERTO!

—Vivo, Percival. Vivo en tu conciencia, en tu pensamiento, en tu mundo interior…

Todo empezó a confundirse dentro de mi cerebro. Le perdí el pulso a la razón porque las imágenes que tenía delante barajaban atropelladamente realidad y ficción, fantasía y cordura, estallando en caos enloquecedor que amenazaba proyectarme al mundo donde triunfaba la más absoluta insania.

Me acometió un acceso demente y comencé a golpearme las sienes con ambos puños, igual que un poseso. Era una especie de infantil delirio con el que pretendía alejar para siempre aquel mundo de horrores que flotaba frente a mis ojos.

Pero Mortimer Brown seguía allí. Mirándome con sus pupilas vacías y estrábicas. Pretendiendo, quizá, transportarme a la

dimensión en que se había integrado.

Creo, si no se trataba de una nueva alucinación… creo que le vi sonreír.

Me estaba sonriendo, sí.

—Percival, amigo… antes de que te pida explicaciones por lo injusto de tu proceder, ven. Ven a mis brazos… —Y los estaba extendiendo hacia mí, perdida la mirada como desde el principio, balanceándose igual que un borracho o quizá como un autómata—. Fundámonos en un abrazo como cuando éramos niños. Ven, Percival, ven…

Me dolieron los oídos al escuchar la estridencia angustiosa de mi propio alarido. Y conseguí, al fin, saltar del lecho y precipitarme hacia la puerta, contra la que tropecé, braceando, para lanzar un nuevo chillido, abrirla, asomar al pasillo abovedado, correr por él…

Caer de pronto.

A un oscuro vacío que como siniestro tobogán me precipitaba a los abismos insondables de un pozo cuyo final jamás conseguía encontrar.

Me fundí en aquella espesa tiniebla que me rodeaba hasta perderme por completo dentro de ella.

Fue Jenkins quien me encontró a la mañana siguiente llevándome en brazos hasta el lecho. Cuando sus esfuerzos se vieron compensados con mi regreso al mundo consciente, preguntó sin aspavientos:

—¿Quiere el señor que llame a un médico? —Recordándome antes de que yo obtuviera aliento para hilvanar palabras—: Su amigo el doctor Bogarde reside en Coventry, ¿se acuerda de él?

Asentí. Sin atreverme a preguntar qué había pasado y sin hacer interrogantes tópicos que solían formularse cuando uno volvía de los espacios inconscientes, dije:

—Sí… —añadiendo como molesto—: ¡Dudley Bogarde es psiquiatra!

Jenkins enrojeció.

—Me he referido a él por cuestiones de amistad. Psiquiatra… pero no deja de ser médico.

Se encendieron, muy brillantes, todas las luces de mi cerebro.

—¡Dile a Gregory que prepare el coche!

Media hora después estaba viajando hacia Coventry.

7

Coventry, septiembre 1963

Me reconfortó volver a encontrarme con el viejo camarada de los primeros años de universidad.

Habíamos estrechado lazos en Oxford, único lugar al que Mortimer Brown me negara su compañía cuando él ya tenía trazadas sus propias perspectivas y decidida su futura actividad profesional.

Hablamos primero, como era obvio, de los viejos tiempos. Que en realidad no eran tan viejos pero sí habían sido mejores. Al observar mi nerviosismo me dijo sin rodeos que le contara el motivo de mis preocupaciones.

—¿Te acuerdas de Mortimer Brown?

Su respuesta fue mucho más concreta que mi pregunta, porque dijo:

—Lo leí en los periódicos, Percival. Y cree que lo siento.

—Es por Mortimer que estoy aquí, Dudley.

—Te escucho —me invitó.

Se lo expliqué todo. Poniendo especial énfasis en aquello que los periódicos no habían revelado a la opinión pública. Recreándome con morbosidad en los detalles de la pesadilla… o la realidad vivida aquella noche, lo cual, ejercía ahora sobre mí una notable y preocupante fascinación.

—El problema más grave, Dudley, es que no soy capaz de distinguir si se ha tratado de un sueño monstruoso producto de mis obsesiones… o de una escena horriblemente veraz.

—Como psiquiatra y como hombre de teorías racionales debo inclinarme por lo primero. Mortimer Brown está muerto, fue

ajusticiado en la horca, y eso parece irreversible.

—Parece… —musité, sin añadir más.

—Desde la perspectiva médica e incluso científica —anunció mi amigo Bogarde, doctor en psiquiatría y psicoanálisis—, es bastante difícil y complejo encontrar solución favorable a la anomalía psíquica que te aqueja. A otro paciente le entretendría con análisis psíquicos, visitas, terapias, etc., porque tengo que vivir y vivo de esto; pero a ti, no puedo engañarte.

Miré los ahora empequeñecidos ojos grises del viejo camarada de Oxford.

—¿Me estás confesando tu impotencia profesional?

—La mía y la de la psiquiatría en líneas generales. ¿Prefieres acaso que te engañe o adormezca con fármacos, drogas al fin y a la postre, que te proporcionen un temporal bienestar y acaben alterando y entorpeciendo tu proceso psicosomático? Ahora podría ser una pequeña ayuda, luego, el camino más recto para llegar a la locura. Sin embargo, sé de una persona que puede ayudarte mucho más que yo.

—¿Quién? —pregunté entre nervioso y esperanzado.

—Tuesday Brent.

—¿Colega tuya supongo?

Dudley me sonrió con su boca grande de labios tan delgados que parecían la raya de un lápiz en un papel, de manera tan extraña como enigmática:

—Bueno, de algún modo puede que sí. Tuesday es vidente y médium espiritista.

—¡Cristo del cielo, Dudley! —exclamé con legítimo asombro—. ¿He oído bien? ¿Me estás proponiendo que acuda a una bruja…?

—Tuesday se enfadaría muchísimo —cortó, severo— si te oyera hablar de ella en estos términos. Lo suyo es un hecho científico basado en poderes parapsíquicos que algunos, es cierto, se niegan a admitir. Percival, si ella soluciona tu problema, ¿cambiarás de opinión?

Resuelto por la propia firmeza que emanaba de las palabras de mi amigo y mucho más por el pánico que me inspiraba la proximidad de la noche anterior cuyos horrores no deseaba ver repetidos, pregunté:

—¿Dónde puedo verla?

—Vive aquí, en Coventry. ¿Quieres que la telefonee?
Lenta, despaciosamente, asentí con la cabeza.

8

Al mirarla, dije para mis adentros que si todas las brujas eran como ella… ¡bienvenidas las brujas!

Y me alegré de aquel pensamiento. No por el contenido pero sí por haber sido capaz de engendrarlo. Me estimulaba positivamente comprobar que por fin mi cerebro funcionaba con normalidad y hasta con humanidad, consiguiendo expresar, aunque fuese en silencio, sentimientos naturales.

Tenía la sensación de haber huido por unos instantes del entorno tétrico que me envolvía desde el ajusticiamiento de Brown, desde que me comunicaran su inocencia y, sobre todo, desde que decidiera aparecérseme real o fantasmagóricamente.

Mirar a Tuesday Brent se acababa de convertir en todo un alivio. Porque al margen de sus poderes parapsíquicos, era una auténtica preciosidad de mujer. Una hembra con mayúsculas y en toda la extensión de la palabra.

Creo que ella me permitió recrearme, silenciosa, en la perfección de su curvilínea orografía. Dejó que me sumergiera, como si intuyese que necesitaba olvidar muchas cosas, muchos horrores… en el efluvio entre sensual y magnético que emanaba de sus pródigos encantos.

Su cabello largo, larguísimo, enmarcando el óvalo magnífico del rostro, semejaba una catarata de seda rubio-cenicienta cuya chispeante luminosidad jugaba al contraste con el negro intenso, personal, dominador, de sus grandes pupilas en las que ya se intuían los fluidos poderes de Tuesday. Rompía el nácar de su faz aquella herida roja, de vino escarlata, que formaban sus labios carnosos al final de la recta nariz y arriba de una barbilla en la que se dibujaba un hoyuelo.

La agresividad de sus formas quedaba de manifiesto bajo el vestido liviano y sin ceñir, que quizá por eso evidenciaba mucho

más sus excitantes sinuosidades. Estallaban los pechos con una vitalidad exultante, huérfanos de todo aquello que pudiera ayudarles a una firmeza que por su juventud derrochaban. Existía un perfil armónico en el ondular de sus caderas y una exquisitez escultórica en el trazado de sus maravillosas piernas de fabuloso torneado.

Bruja o no… Tuesday Brent era una auténtica maravilla hecha mujer.

—Soy bastante escéptico, ¿sabe? —apunté de pronto, sintiendo la obligación de decir algo, la verdad en aquel caso, ampliando la presentación telefónica de mi amigo el psiquiatra y el breve intercambio de frases que ella y yo acabábamos de tener en el vestíbulo de su casa.

—¿A mi belleza? —Arqueó las cejas bien trazadas al tiempo que un atisbo irónico se paseaba por sus labios sensuales.

Sin poder evitarlo enrojecí y Tuesday sonrió abiertamente.

—¡No! Su belleza es un hecho tan flagrante y fragante, que no admite escepticismo ni se puede cuestionar. Ya que ha sido usted tan… ¿sagaz?, permítame que le diga que es extraordinariamente hermosa.

—Gracias —lucieron sus labios una nueva y agradable sonrisa—. Viniendo de un hombre como usted, debo entender que es algo más que un halago. Decía que es escéptico al espiritismo, ¿no?

—Sí —afirmé. Ampliando—: Y sé que es contradictorio con el hecho de mi presencia aquí, pero…

—Les ocurre a muchos, Percival. Unos vienen por simple curiosidad y con el ánimo predispuesto a la burla. Otros, aunque no creen, acuden con la esperanza de encontrar solución a sus problemas y al propio escepticismo. Su caso, por ejemplo.

—Le agradezco que se muestra usted comprensiva, *miss* Brent.

—Será suficiente con Tuesday, ¿eh? —Otra de sus fáciles y contagiosas sonrisas se dibujó en aquel compendio escarlata que era su boca carnosa. Continuando—: Esto, Percival —se estaba refiriendo al espiritismo—, ni es cosa de hechicería, ni se trata de una distracción morbosa para mentes enfermizas. Es un hecho explicable y lógico… Una doctrina que cree no sólo en la persistencia de la personalidad consciente después de la muerte, y de esta teoría participan los cristianos ortodoxos, sino también en la

posibilidad de establecer comunicación con los que ya se hallan en el otro mundo.

—Dicho así parece muy sencillo —admití. Comentando—: No obstante y sin querer dudar de sus palabras, se me hace muy difícil compartir el contenido de las mismas.

—Lo entiendo, Harrison. Es cuestión de tiempo. Todas las ciencias, filosofías y religiones, necesitan de un período de adaptación… y podemos considerar sin ningún género de dudas que el espiritismo es las tres cosas al mismo tiempo. Como religión precisamente, sostiene la tesis de que después de muertos nos convertimos en espíritus para vivir una vida eterna muy semejante a la terrena en un mundo espiritual que constituye una réplica perfecta del nuestro. Prueba de la importancia del espiritismo es el hecho… —Hizo un alto en su disertación para iluminarme con el caudal de sus ojos brillantes. Exclamó—: ¡Oh! ¿A que le estoy aburriendo con mi farragoso monólogo?

—¡Por favor, Tuesday! La estoy escuchando con suma atención porque a pesar de mis reservas me parece interesantísimo lo que expone.

—Decía que la importancia de nuestra religión viene dada por el hecho de que hombres de ciencia y escritores bien conocidos han apoyado enérgicamente el espiritismo, enalteciendo y casi glorificando la labor de médiums famosos como Andrew Jackson Davis, Emma Harding Brittain, Daniel Dunglas Home, las hermanas Fox y otros muchos. En 1882 se fundó en nuestro país la *London Society for Psychical Research* para estudiar los fenómenos gestados en las fuerzas ocultas del espiritismo… ¡Me temo que sigo aburriéndolo!

—De veras que no… —Le sonreí yo ahora. Preguntando—: ¿Cómo puedo convencerla de ello?

Estiró sus manos para posarlas en las mías y me pareció notar en Tuesday, de pronto, algo parecido a una tensión. Puede que fuese un nuevo amago de mi castigada psiquis pero habría jurado que, al rozar su piel con la mía, ella había sufrido un estremecimiento similar al producido por una descarga eléctrica.

—Usted tiene un problema, Percival —había la misma tensión en su voz que acababa de percibir en su cuerpo—, y eso te aleja de los contenidos que yo pretendo trasladarle. Hablemos primero de

aquél y más adelante, si usted lo desea…

La interrumpí:

—Mi problema puede esperar unos minutos, Tuesday.

—No, al revés —fue retirando, lentamente, sus manos de las mías—. Es prioritario. Háblame de él.

Lo hice. Y supuse que ella me escuchaba con la máxima atención, porque mientras yo hablaba, sus ojos se mantuvieron cerrados privándome del placer de contemplarlos.

—¿Qué opina? —le pregunté al final.

Ella sabía que me estaba refiriendo concretamente a los sucesos de la noche anterior, definiendo:

—Se trata de una fantasía —había abierto los ojos. Precisando —: Y para describirla gráficamente sin ánimo de ofensa hacia usted, debo añadir que se trata de una fantasía de contenido masoquista. La terrible necesidad que está experimentando por obtener el perdón de su amigo Brown, ha puesto en marcha una serie de mecanismos del subconsciente que le abocarán con cierta frecuencia a escenas como la de esta noche.

—¡Válgame el cielo!

Vino a tranquilizarme con otra de sus sonrisas afectuosas.

—Existe la solución, Percival.

La interrogue con la mirada. Y respondió:

—Tiene usted que hablar con Mortimer a través de mí.

—¿Quiere decir que invocará su espíritu?

—Exactamente.

En aquel momento y de manera instintiva, las manos tersas de Tuesday volvieron a las mías. Fue aquélla una caricia extraña… una caricia que me hubiera atrevido a calificar de profesional.

—Amigo… —susurró con una voz que no parecía la suya—. Voy a decirle algo que posiblemente le confundirá, pero que es tan cierto como que estoy tomando sus manos. Presiento en usted la existencia de fluido.

No queriendo entender lo que ella insinuaba, musité:

—No la comprendo.

—Creo que sí ha comprendido y sé que ello le produce miedo. Hay fuerza en usted y ello, Percival, sólo puede deberse a la presencia de ectoplasma[1] en sus componentes vitales.

—¿Ectoplasma…? Me temo que ahora entiendo menos.

Se explicó.

—¡Oh, no, por Dios! ¿De dónde saca semejante hipótesis? ¿Yo… médium?

—Puede llegar a serlo si se integra. Piense que jamás me atrevería a insinuar un hecho de tal naturaleza si no estuviera convencida de él.

No sé si estaba asustado como ella acababa de decir, si era sólo sorpresa… o si se trataba de una extraña satisfacción al descubrir el posible camino hacia la paz conmigo mismo. Con mi otro yo. Con Mortimer Brown.

—¿Cuándo podremos… hablar con él?

Nos habíamos alzado de las respectivas butacas al unísono y estábamos uno frente al otro. Muy cerca. Demasiado, posiblemente. No pude evitar el impulso de ceñir su frágil cintura y besar sus labios de sangre.

Correspondió con pasión a la caricia pero con rapidez se apartó de mí.

—¡No, Percival! —exclamó con una mueca de temor en sus lindas facciones. Titubeando—: No… No sería bueno para nosotros.

9

—No estás concentrado, Percival… —murmuró como desde muy lejos la voz cálida, acariciante y contradictoriamente crispada de Tuesday—. Relájate, por favor. Relájate…

Me esforcé en ello.

Y poco a poco, los conatos de levitación que amenazaba aquella mesa redonda cubierta con crespón negro, fueron cediendo en su virulencia hasta que el mueble recobró por completo su quieta y normal posición.

—Alguien está llamando con fuerza. Mortimer está atendiendo mis súplicas. Sé que estoy en él. Sabe que le estoy suplicando su venida a mí… Le presiento cerca, muy cerca…

La vi convulsionarse de repente y ello distrajo la atención que ponía, no sólo en relajarme, si no también en aceptar como lógico aquel entorno que iba desde la mística a lo teatral, pasando por la misma naturaleza del pánico inspirado en el total desconocimiento.

Una serie de estremecimientos epilépticos azotaron su espléndida naturaleza al tiempo que se aferraba con desesperación a mi mano diestra y a la izquierda del otro individuo que había aceptado intervenir, de mero comparsa, en aquella sesión invocatoria.

Era tanta la presión de sus dedos en los míos que llegó a causarme dolor. Y luego, cuando sus labios volvieron a abrirse, relajada ya, cerrados los párpados y como fuera del mundo, su voz… ¡su voz no fue su voz!

Fue… ¡la voz de Mortimer Brown!

La escuché decir en pleno trance:

—Tienes necesidad de hablar conmigo, ¿verdad, Percival?

Asustado al límite y sintiendo que ahora la realidad se había convertido de veras en total y absurda fantasía, no pude resistir la tentación de responder:

—Sí…

—¿Y bien? Te escucho.

¡Aquello era de locura! No podía aceptar, teniendo la cabeza correctamente asentada encima de los hombros que… ¿Y podía aceptar que la noche anterior hubiera visto una horca a los pies de mi cama y a Mortimer colgando de ella? ¿Podía negar acaso que él me había hablado y que yo…?

—Percival… —El cuerpo de Tuesday zozobró con más suavidad.

—Quieto… —Sudaba a mares lo mismo que si hubiera sido el único habitante del mundo frente a un segundo Diluvio—, quiero implorar tu perdón. ¡Yo no he sido responsable, Mortimer! ¡Te juro que daría lo que fuese por reparar esa infamia! ¡Mortimer! ¿Puedes perdonarme? ¡Imponme una penitencia, si quieres! Pero transmíteme al menos tu paz.

—Este mundo mío no es de odios ni de venganzas, Percival Aquí todo es sosiego y quietud. Calma que ningún sentimiento humano puede turbar, ya que el mal está ahí abajo y no nos alcanza a nosotros. Percival… sólo quiero pedirte que cuides de ellas.

Las últimas palabras parecían haberse difuminado, sonando muy lejanas. Como si Tuesday hubiera perdido toda la fuerza de sus cuerdas vocales.

—¿Ellas…?

—Olivia y Sheila. Mi mujer y…

Vi que ella se conmocionaba otra vez, la mesa amagaba nuevos sesgos de levitación y una segunda metamorfosis se producía súbitamente en la garganta de Tuesday Brent al recobrar su propio registro.

—Debes hacer cuánto te sea posible en bien de esas dos mujeres, Percival.

—Entiendo. Mañana mismo me encargaré de ello.

10

Pero ni al día siguiente, ni en los meses venideros, ni nunca, los detectives privados a quienes acudí —los mejores del Reino Unido sin duda alguna—, ni tampoco la policía de la que solicité su cooperación, fueron capaces de dar con el paradero de Olivia Fabray y su hija Sheila Brown.

—Lo más probable, señor Harrison —me dijo al año siguiente uno de los investigadores—, es que hayan salido de Inglaterra para escapar a la continua afrenta de las gentes. Los humanos, incluso callados, tenemos la terrible virtud de ofender con la mirada. Y ésos, no lo dude, son los peores insultos: los que no se pronuncian. Entiendo que Olivia Fabray habrá buscado en otro país un entorno mucho más favorable para que su hija crezca en él. Lejos de aquí podrá ocultarle la verdad a la niña sin miedo a que alguien, algún día, rompa la imagen que ella le haya inculcado de su padre.

Admití aquella hipótesis como muy razonable.

—Es posible —acepté.

Tuesday me tranquilizó, explicando:

—Se trata de una imposibilidad material la que te impide cumplir tu promesa o la palabra dada a Mortimer. Él lo ve… Sabe que has hecho lo imposible, que has agotado todos los recursos a tu alcance para dar con ellas. Debes olvidarte, Percival. Quizás el destino algún día decida cruzarte…

—No hables del destino, ¡no lo hagas! —grité—. Te lo suplico.

Lo cierto fue que en los años que siguieron jamás volví a sobrecogerme frente a una pesadilla tan terrible… o una realidad tan inimaginable, como la vivida aquella noche en que Mortimer Brown apareció delante de mi colgando de una horca. Y descolgándose, también.

Tuesday, poco a poco y con la habilidad femenina superior en ella a otras mujeres, acabó por convertirme. Me fui internando en

experiencias espiritistas hasta que aquello apuntado el día de nuestro primer encuentro se convirtió en un hecho real del que resulté ser el primer sorprendido.

Mi escepticismo se vino abajo totalmente.

Pero no quise preguntarme si era debido a que mis experiencias como médium funcionaban a pequeña escala, o a la fe ciega que mi amor por Tuesday me inspiraba en todo cuanto ella hacía o decía.

Jamás me atreví a decirle que la amaba. Quizás porque estaban presentes en mi memoria sus palabras de aquel día primero:

»—¡No, Percival! No… No sería bueno para nosotros.

Tenía por otra parte la esperanza de que algún día Tuesday decidiera dar respuesta a la intensidad de mis sentimientos… a aquel amor ferviente que yo le transmitía a diario con toda la fuerza de que eran capaces mis ojos.

11

Coventry, mayo 1970

Cuando Jenkins vino corriendo hasta mi despacho, sofocado, con la respiración entrecortada y los ojos dilatados, comprendí sin preguntar que el destino, después de siete años, había decidido asestarme una segunda puñalada.

—¡Es urgente, señor! ¡Llaman de Coventry! Es Linda Walden, la ayudante de *miss* Brent… —señalaba el teléfono.

Tiré del auricular con mano temblorosa.

—¡Linda! —grité—. ¿Qué sucede?

Apenas un hilo de voz llegó hasta mi oído:

—¡Tuesday ha sufrido un infarto, señor Harrison! El doctor Young dice que es irreversible. La propia Tuesday está muy consciente de que es el final. Me ha dicho que venga usted lo antes posible porque…

La interrumpí:

—¡Voy de inmediato!

Dos años atrás me había comprado un helicóptero precisamente para cubrir con rapidez y comodidad mis continuos desplazamientos a Coventry donde, dado que pasaba largas temporadas, había alquilado un confortable apartamento, que solía utilizar a menudo para sesiones de espiritismo.

Cuando estuve junto al lecho donde Tuesday, con la dignidad y entereza que siempre la habían caracterizado, se aprestaba a despedir su estancia terrena, sentí que el mundo se derrumbaba sobre mí.

Y me pregunté qué le había hecho yo al destino para que se ensañase conmigo de manera tan cruel. ¿Por qué me perseguía con

furor implacable robándome la felicidad cada vez que la encontraba?

—Voy a partir, Percival…

—¡No pienses eso, Tuesday! Te pondrás bien.

—Tú y yo sabemos que ha llegado la hora del tránsito —sus ojos hermosos, negros y grandes, sin brillo hoy, trataban de ser más elocuentes que nunca. Añadió—: Yo también te he amado, Percival. Con toda la vehemencia de mi corazón. Pero nunca te di pie a pensarlo porque el espíritu de él se hubiera interpuesto, causándonos muchas desgracias.

Estupefacto ante aquella revelación, repetí:

—¿ÉL?

—Stephen McGoohan. Nos amamos un día por encima de la razón y suscribimos un pacto con nuestra propia sangre trasladando aquel amor a nuestros espíritus. Cuando él murió, tuve que cumplir la promesa. Ahora voy a reunirme con… Pero creo que nunca, ni allá arriba tan siquiera, podré quererle como te he querido a ti. Percival…

Me di cuenta de que sus pupilas se movían con miedo y torpeza porque la visión se les hacía borrosa.

—Estoy aquí, mi vida.

—Coge mi mano… ¿Te acuerdas cuando te dije que tenías fluido?

Un nudo se espesó en mi garganta y hube de realizar un titánico esfuerzo para que las lágrimas no brotasen, tumultuosas, de mis ojos.

Pronuncié un «sí» que ni yo mismo escuché.

—¿Te acuerdas…? ¡PERCIVAL!

Luego de gritar mi nombre un estremecimiento sacudió su cuerpo todavía joven y pleno… un cuerpo que iba a partir en el mejor momento de su existencia.

—¡TUESDAY! —grité a mi vez, apretando su mano con furia como deseando por encima de todo retenerla para siempre junto a mí.

Pero el destino era demasiado cruel, excesivamente despiadado, inhumano al máximo, como para permitir que yo le ganase una sola batalla.

Tuesday Brent, había partido.

Ahora lloré con amargura. Como no había llorado jamás.

Porque Tuesday Brent había sido demasiadas cosas para mí. Amante silenciosa. Confesora comprensiva. Amiga fiel. Solución a mis problemas. Mujer deseada. Pasión prohibida. Y sabía que junto a Tuesday se iba una parte importantísima de mi vida y el deseo ferviente de vivir que ella había sabido inculcarme cuando el destino, por primera vez, había jugado a las tragedias conmigo.

Acariciando con mimo y mano temblorosa el rostro nacarado de lo que ya era un cadáver, susurré:

—Adiós, querida. Jamás… ¡jamás te olvidaré!

El entierro fue en Coventry un acto multitudinario. Y la legión de enfervorizados seguidores con que contaba Tuesday me situó ante el dilema moral de convertirme en su continuador, y acepté más por ella que por ellos.

A partir de entonces mi vida se desarrollaría a caballo entre Northampton y Coventry. En los primeros tiempos hube de rechazar en repetidas ocasiones la sugerencia de invocar el espíritu de Tuesday, a lo que me negué reiterada y rotundamente.

—Si alguno de ustedes vuelve a insinuar esa posibilidad, desapareceré de aquí sin dejar rastro.

Pero sí me hice un juramento a mí mismo contemplando largamente la fotografía de ella que Linda, su ayudante, me había regalado gentilmente después del óbito.

—No quiero serte infiel ni traicionar jamás tu amor, Tuesday. Pero si alguna vez vuelvo a enamorarme, juro que no me sucederá lo que contigo. Le confesaré mis sentimientos desde el mismo instante en que esté seguro de albergarlos.

Los labios del retrato me obsequiaron con una dulce sonrisa.

Pero estaba convencido de que aquel supuesto jamás se produciría. Porque estaba seguro de seguir amando a Tuesday hasta el día de mi marcha.

SEGUNDA PARTE

1

Northampton, octubre 1983

Noel Kirpatrick, que apenas un año atrás había venido a sustituir a mi fiel Jenkins por fallecimiento de éste, golpeó con suavidad la puerta de mi despacho entrando a renglón seguido para anunciar:

—Una señorita desea verle, señor.

Alcé la cabeza del volumen que repasaba distraídamente.

—¿Ha dicho su nombre? —fue mi pregunta.

—Sophie Marchand. Al parecer, es periodista.

Encogí la nariz. No me gustaba que nadie viniera a husmear en mi vida y mucho menos un periodista. Sin embargo, en función de unas elementales normas de cortesía, creí que estaba obligado a recibirla.

—Está bien, Noel. Hágala pasar —y cerré el libro.

Se fue, regresando instantes después para abrir de nuevo la puerta y hacerse a un lado para permitir el paso de la muchacha.

—La señorita Marchand.

Salí de detrás del escritorio para recibirla.

—Pase y siéntese, por favor —le indiqué una de las butacas que estaban al otro lado de la mesa. Tomó asiento y yo hice lo mismo, interrogando—: ¿En qué puedo servirla, señorita Marchand?

—Preferiría que me llamase Sophie.

Era una hermosa criatura que contaba a lo sumo veintidós años de edad. Y reconocí para mis adentros que hacía muchos años, muchos, que una mujer no me llamaba tan poderosamente la atención desde la óptica de su físico como estaba haciéndolo ahora la periodista.

—Sophie… —acepté—. Bonito nombre. ¿Es usted francesa?

Se iluminó su preciosa carita con una sonrisa radiante, comunicativa, que no supe en aquel instante por qué me hacía estremecer.

Tenía el rostro tostado por el sol y enmarcado por una mata de cabello rojizo que resbalaba encima de sus hombros. Bajo las cejas, cuidadosamente depiladas, surgían, rizadas y suaves, unas largas pestañas. Por entre su parpadeo brotaban, profundas y luminosas, las pupilas azules, sorprendente e intensamente azules, que contradecían el color cobre de la tez… unas pupilas que tenían vida propia, luz y fulgor, dentro de dos órbitas elípticas que terminaban cerca de las sienes. La herida sangrienta que sus labios rojos estrellaban en aquel compendio cobrizo era un impacto más de su belleza salvaje; excitante, brutal.

—Sí, soy francesa. Pero profesionalmente me he integrado en su país desde hace un par de meses. Acabé periodismo en mi Marsella natal pero voy a debutar aquí como redactora del «Daily *Express*». He sido una estudiosa de la lengua de Shakespeare y admiradora de Inglaterra, sus gentes, costumbres y tradiciones. Puede decirse que desde pequeña he soñado con ser adulta aquí. No sé si he sabido explicarme, pero…

—Se ha explicado muy bien, Sophie —dije. Añadiendo—: Y yo he captado su sentir. Pero sigo sin saber en qué puedo ayudarla.

Me miró con profunda rectitud haciéndome sentir muy incómodo.

—Los principios, señor Harrison —se explicó—, siempre son difíciles. Necesito entrar rompiendo si de veras quiero hacerme con un sitio en el mundo del periodismo. Bueno… —Ensayó un graciosísimo mohín con los labios—, me he expresado con un léxico que…

—Entiendo que son giros del argot periodístico —la ayudé—. Y comprendo que quiera irrumpir con fuerza tratando un artículo que, al margen de su posible sensacionalismo, la acredite como una excelente profesional.

—*Mon Dieu*! —exclamó—. Ni pasándome la vida con el candil de Diógenes habría dado con la persona que me comprendiera mejor que usted. ¡Eso es precisamente lo que pretendo, señor Harrison!

—Y… —Traté de sonreírle animoso—, ¿qué porcentaje me

asigna a mí en todo ello?

—Usted fue hace algo más de veinte años el fiscal que obtuvo la condena de Mortimer Brown en el caso Redgrave, ¿no?

Me sentí morir. De haberme pinchado, y ahora era algo más que una frase hecha, no me habrían sacado una gota de sangre.

Asustada por mi expresión, preguntó temerosa:

—¿He… he dicho algo grave, señor Harrison?

—No… —murmuré con dificultad—: Sólo que ha despertado unos recuerdos trágicos que creía olvidados para siempre. Fue muy doloroso… sí.

—Usted y Brown habían sido muy amigos, ¿verdad?

—Sí… Madeimoselle, desearía no hablar de este asunto.

Una pincelada de desencanto cayó sobre sus hermosas facciones.

Murmuró:

—Me comprende… ¿y se niega a ayudarme?

—¡No veo en qué puede ayudarla algo que pasó hace cuatro lustros!

—Nadie se preocupó entonces del porqué de su fulminante dimisión y de su retirada de la vida social. Nadie le preguntó de qué se sentía culpable para obrar de manera tan drástica. Nadie quiso averiguar dónde estaba la injusticia que usted denunciaba abiertamente con su explícita actitud.

—Sólo le diré… —Hice un esfuerzo por dominar mis sentimientos— que me propuse olvidar al día siguiente aquella amarga secuencia de mi vida. Aquella derrota que el destino me había infligido…

—¿Derrota? ¿Qué clase de derrota?

—¡Sophie! —Me puse en pie de un brinco—. ¡Hemos terminado!

Ella me imitó, diciendo resuelta:

—A mí, puede echarme de su casa. Pero su conciencia la lleva dentro y ni aun saliendo de este mundo logrará echarla de su interior.

Me dejó frío, desarmado.

—Siéntese, se lo ruego.

Me ofreció una sonrisa conciliadora, reconociendo:

—Creo que me he «pasado» y le pido perdón por ello. ¿Ha pensado alguna vez que el sincerarse sobre los aspectos ocultos de aquella cuestión, que de una forma u otra le ha venido torturando

durante veinte años, le haría mucho bien? Yo le prometo no publicar los fragmentos que usted vete.

—¿Por qué tanto interés, Sophie?

—Porque me parece la más apasionante de cuantas historias he repasado con la idea de actualizarlas. Sólo por eso, Harrison.

Había suprimido el «señor», lo cual me alegraba.

—Deme tiempo para pensarlo, Sophie.

—¿Por qué no me invita a almorzar y lo pensamos juntos?

El desenfado, mejor atrevimiento de aquella criatura, me desarmaba. Tenía la habilidad de ponerme contra las cuerdas, de irritarme, y conseguir que al segundo siguiente estuviera dispuesto a pedirle perdón.

—Sí —acepté, cautivado por la desconcertante mocosa de cabellos rojos—. ¿Prefiere que lo hagamos aquí o fuera?

—Me encantan los castillos, Harrison. Todo lo que tienen de enormes e inhóspitos, tienen para mí de íntimos.

Una frase, justo en aquel momento, golpeó las paredes de mi pensamiento. Creo que me la grité en silencio:

»—No quiero serte infiel ni traicionar jamás tu amor, Tuesday. Pero si alguna vez vuelvo a enamorarme, juro que no me sucederá lo que contigo. Le confesaré mis sentimientos desde el mismo instante en que esté seguro de albergarlos.

—¿He vuelto a decir alguna inconveniencia?

—¡Oh, no, de veras que no! —Volví, sonriente, a la realidad. Preguntando—: ¿Desea entonces que almorcemos aquí?

—Si usted está de acuerdo, ¿por qué no?

Noel Kirpatrick, Brenda Miles, ama de llaves que estaba a mi servicio desde hacía seis meses, Elijah Weston mi secretario, que junto con Gregory Wallace, el chófer, eran los únicos integrantes de mi anterior servidumbre… quedaron boquiabiertos al saber que la señorita Marchand comería conmigo. Aunque, todo hay que decirlo, procuraron disimular su opinión sobre lo que consideraban excepción extravagante del inconmovible y hasta cierto punto anacoreta, Percival Harrison.

Sophie se portó como si fuésemos amigos de toda la vida. Sin darme cuenta, quedé envuelto en poco tiempo en el aura sutil y encantadora que respiraba y transpiraba aquella criatura deliciosa.

Durante al almuerzo, sin embargo, el único tema que no se trató

fue precisamente el que había motivado la visita de mi invitada. Luego, cuando pasamos al salón para tomar el café y los licores, Sophie dijo:

—Voy a tutearte, ¿te importa?

—Te lo agradeceré —respondí sin pensarlo.

—Pienso que el respeto y el acercamiento no están reñidos —razonó la chica—… Soy una de las convencidas de que el tuteo identifica a las personas, las iguala. Además, tú eres joven todavía. Y atractivo, ¡diablos!

—¡Sophie! ¿Pretendes sacarme los colores?

—Pienso que estás muy al día pese a tu régimen monástico y no creo que te ruborices porque una mujer te diga que es agradable tu compañía y correcto tu físico —se puso muy seria de repente y dijo, tras ingerir un sorbo de café—: He pensado una cosa, Percival.

—¿Puedo saberla?

—¡Por supuesto! Verás, luego de hablar y tratarte se han desmoronado los razonamientos que apoyaban mi actitud profesional. Olvidaremos lo de Mortimer Brown. Tienes derecho a tu intimidad y tus secretos. No soy quien para hurgar en tu pasado —dejó la tacita en la mesa alzándose de la butaca—: Percival… ha sido un auténtico placer conocerte.

Vi venir su mano en señal de despedida y eso me produjo una enorme desazón. Y también una extraña inquietud, una alarmante congoja, pensar que iba a marcharse y que seguramente no volvería a verla.

—Sophie… —murmuré—. Si yo te lo pidiera, ¿te quedarías?

—No te entiendo, Percival.

—Verás —procuré esconder mis ojos de los suyos—, no sé explicarlo, pero si sé que algo ha cambiado en mí desde que has aparecido en mi despacho. No soy amante de las filosofías novelescas pero me atrevería a decir que has sido algo presentido a lo largo de muchos años; una presencia intuida cuya naturaleza ignoraba pero, que al verte… he sabido que eras tú. A mí sí que no me asiste ningún derecho a retenerte, ¡pero si dejases que los dos escribiéramos ese artículo! Serás la única que conozca toda la verdad de lo que sucedió entonces.

Sophie avanzó ondulando la escultórica perfección de su figura, inclinándose, con expresión angelical que dio mayor luz a sus

facciones, para tomar mis manos entre las suyas con una ternura y cariño que derribaron los últimos residuos de prevención que pudieran distanciarme de ella.

—Percival… —Su voz fue el quedo latido de un corazón angustiado—. No puedo permitirlo. Intuyo algo terrible y no quiero ser quien tenga acceso a ello. Guárdalo. Sepúltalo para siempre. Hay miles de artículos importantes que me servirán para llegar al éxito. Tú, eres algo especial. Distinto…

—No quiero que te vayas, Sophie…

—¿Por qué?

Había alzado la cabeza. Vi sus ojos vivos y enormes que trataban de decirme algo. Vi muy cerca el estallido rojo de aquella boca carnosa que parecía fruta madura rezumando vida y candor… Sentí el cálido aliento que brotaba de sus labios azotando mi cara como una ventisca tropical, como un sugestivo tomado que me envolvía y trastornaba, que me arrastraba hacia Sophie para lo bueno y lo malo, para la pasión y la felicidad, para la traición y la desgracia…

Bajé mi boca para besarla con febril desespero. Con la angustia de morir si no lo hacía. Con la necesidad de hacerlo si deseaba seguir viviendo.

Sophie hizo algo más que corresponder al beso. Mucho más. Me dio, ahora, su aliento con furiosa avidez. Pasó a mí con aquel vaho enloquecedor toda la vitalidad de su juventud, la fortaleza de sus ansias, la intensidad de sus deseos, la vida. Toda la vida que yo había estado esperando desde hacía una eternidad.

Quise sorber el fuego que emanaba de sus entrañas y llevarlo hasta las mías para excitar aquel dormido brasero huérfano de pasiones y estímulos. Quise empezar a vivir desde aquel justo instante con rabia y avaricia.

Jadeábamos cuando sus labios se alejaron de los míos para murmurar con una nota de temor:

—Estamos locos, Percival. Locos…

—Sophie… Sophie… —Estaba agitado, ciego, fuera de mí—. Cásate conmigo. Te lo suplico.

Tuve la grata sensación de que sus ojos me devoraban.

—¿Estás seguro de lo que acabas de decir?

—¡Sí! —Fue más una explosión que una respuesta. Repetí—: ¡Sí!

—Bueno —su rostro estaba teñido de grana y toda ella sofocada

—, comprende que… Había venido con un objetivo muy concreto y ahora… ¡Oh, Percival! Tengo que irme. Los dos debemos olvidar esta locura.

—Yo no estoy loco, Sophie. Aunque sí locamente enamorado de ti.

—Acabas de conocerme…

—¿Qué importancia tiene eso? —Fruncí las cejas con expresión sorprendida. Tratando de razonar—: El factor tiempo no multiplica la intensidad del amor. O se ama al momento o no se ama nunca. Quizás… —La miré con ojos suplicantes—, lo que he olvidado, es preguntarte que sientes tú por mí.

Rozó mi boca con la suya.

—Una fuerte atracción, sí. Pero debo asegurarme de que sea amor, Percival. ¿Crees que puedo correr el riesgo de labrar tu desgracia? ¡Oh, Dios mío! ¡No me lo perdonaría nunca!

—Tómate el tiempo que necesites, Sophie.

—Deja que me marche, Percival. Volveré dentro de una semana, te lo prometo.

Miré sus ojos brillantes, hermosos, sinceros.

—De acuerdo, mi amor. Piensa que no viviré hasta que regreses.

2

Northampton, octubre 1983

Jefferson Hardin, párroco de la Iglesia del Santo Sepulcro, observó con atención y curiosidad a la muchacha.

—¿Y dice usted que es francesa, señorita? —le preguntó al cabo de unos segundos como si se tratara de un detalle que le costase comprender.

—Sí —afirmó Sophie, un tanto rojas las mejillas, igual que si la presencia del sacerdote la coartara—. ¿Por qué se sorprende, padre?

—Verás, hija mía —el reverendo Hardin era un hombre muy alto y delgado, de rostro enjuto, cuyas facciones irradiaban un hálito de bondad y ternura—, ya sé que soy un poco chapado a la antigua, pero… encontrar en los tiempos que corremos una mujer joven como tú, que guste de estar cerca de Dios y seguir sus enseñanzas, ¡no es fácil ni frecuente, por desgracia!

Sophie Marchand dejó escapar una tímida risita.

—¡Va a hacer usted que me sienta como un bicho raro!

El sacerdote volvió a mirarla con detenimiento.

—¡Ni hablar de eso! Eres una jovencita muy agraciada… ya lo creo que sí. ¿No habrás pensado que la sotana me enturbia la vista, verdad? Bueno, bueno, ya sé que me he desviado de la cuestión —hizo un alto para preguntar directamente—: ¿Cómo has conocido a Percival Harrison?

Se lo dijo sin rodeos.

—¡Vaya! —exclamó el religioso con aire sorprendido—. ¿Y os habéis enamorado así, de golpe?

—Debe ser lo que los románticos llaman el flechazo. Yo no creía en ello, pero…

—¿Y dónde está el problema? —inquirió Jefferson Hardin. Contestándose él mismo con un nuevo interrogante—: ¿En la diferencia de edad, quizás?

Sophie movió negativamente su roja cabecita.

—No… —Y parecía tener miedo a confesar la naturaleza del problema por cuya identidad acababa de preguntarle el sacerdote.

Aquél, intuyendo las dudas de la muchacha, quiso tranquilizarla.

—Hija mía, la tarea más importante de mi apostolado es precisamente escuchar a mis semejantes, consolándoles, ayudándoles y aconsejándoles, cuando me siento capacitado para ello.

—Percival Harrison practica el espiritismo, padre —dijo, decidida al fin, de un tirón.

—Lo sé.

—¿Y lo encuentra usted bien? —se asombró Sophie.

Una sonrisa comprensiva floreció en los labios mate del sacerdote.

—No he juzgado, muchacha. He dicho, solo, que estoy al corriente. La Iglesia Católica condena el espiritismo…

—Cómo católica que soy, ¿es lícito que me case con él?

—¿Por qué no eres sincera, hija mía? —la desconcertó de pronto el cura—. A ti, en este momento, no te preocupa el que Percival Harrison pueda estar o no en pecado mortal. Pero sí tu seguridad a su lado, en función de las prácticas espiritistas, ¿no es eso?

Ahora, Sophie, estaba mucho más roja que antes.

—Sí… —admitió. Agregando—: ¡He oído contar cosas terribles acerca del espiritismo y de quienes lo practican! Monstruosos crímenes, apariciones siniestras… —Se llevó ambas manos al rostro.

—¿Y te lo has creído todo?

—No, desde luego. ¡Pero siempre queda un resquicio a la duda!

El sacerdote miró, casi inquisitivo, al fondo de los ojos azulados de la periodista. Para preguntarle:

—¿Estás segura de haberte enamorado de Percival? ¿No se tratará de un espejismo?

—¡Le amo! —Casi gritó Sophie—. Ha sido todo muy repentino, lo sé. Pero estoy segura de quererle. No es un espejismo como usted sugiere, ni tampoco la ambición de convertirme en la esposa de uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Pero se me hace difícil

evitar que lo… otro —era obvio que ése estaba refiriendo al espiritismo— me asuste.

—Si le quieres de verdad, piensa que tu amor puede ser la redención de las culpas de Percival, pues si él también te ama, quizá sacrifique todo lo demás por reverenciar ese sentimiento. Confía en Dios, hija mía: Él te ayudará. Y ahora, ¿me permites un consejo?

—Por supuesto.

—Vete de Northampton y medita lejos de aquí sobre todo este asunto. Tómate el tiempo que necesites, y después, si tu decisión sigue siendo la misma, vuelve para casarte con Percival.

—Gracias, padre —sonrió ella, con timidez—. Haré lo que usted me dice.

3

Northampton, noviembre 1983

En el transcurso de aquel mes perdí la cuenta de las llamadas telefónicas efectuadas a la redacción del «Daily *Express*». La respuesta fue siempre e invariablemente la misma: «*Miss* Marchand es una colaboradora de esta publicación, pero no estamos autorizados a facilitarle su número de teléfono ni su domicilio. Lo sentimos de veras, pero éstas son las normas».

¡Malditas normas!

Tentado estuve en varias ocasiones de contratar los servicios de un detective privado, pero siempre acabé por desistir. ¿Quién era yo y en virtud de qué podía permitirme la libertad de intervenir en la vida privada de Sophie?

No existía una base moral en la que cimentar o con la que justificar una «persecución» hacia su persona. Decir que la amaba con locura no era suficiente. Ni desde la óptica humana y menos aún desde la jurídica. Me tocaba sufrir en silencio. Desesperarme hora tras hora entre las altas e interminables paredes de mi desierto castillo.

Desde que ella apareciera por él todo había cambiado. Durante aquellos días de angustiosa espera me volví más hosco y taciturno que nunca. Apenas si cruzaba las palabras —monosílabos casi siempre— necesarias e imprescindibles con la servidumbre, Aplacé *sine die* mis «obligaciones» con los adeptos al espiritismo, renunciando a cualquier cosa que no fuera pensar en Sophie.

Estaba obsesionado con su carita de cabello rojizo y ojos azulados. Con sus labios frutales que me habían ofrecido una sola vez el zumo de la vida.

Pero… ¿por qué no había vuelto?

¿Por qué no venía aunque sólo fuera para decirme que todo había sido una broma; que una mujer joven y hermosa como ella no podía enamorarse jamás de un hombre como yo?

¿Por qué razón la amaba de aquella manera? ¿Cómo me había vuelto tan loco por Sophie habiéndola visto una sola vez?

Acabé dudando, igual que me sucediera muchos años atrás, del buen funcionamiento y equilibrio de mi psique. Pero conforme pasaban los días mi locura era mayor, mi pasión incontenible, mi deseo incontrolable, y pensaba que mis apetitos inconfesables.

Cada minuto que transcurría sin ella la angustia amenazaba con asfixiarme. Me faltaba aire que respirar y tenía la agobiante sensación de que mis pulmones iban a romperse haciendo saltar el corazón en pedazos.

Habían pasado ya 38 días.

De tortura infinita.

De desesperación.

—Señor…

—¿Sí, Noel?

—La señorita Marchand desea verle.

Brinqué de la butaca con una expresión en el rostro que asustó a Noel Kirpatrick.

Gritando y preguntando a la vez:

—¡QUÉ! ¿Sophie… está aquí?

—Sí, señor. ¿La hago pasar?

—¡Maldita sea! ¿Eres idiota? —Nunca me había dirigido yo en aquel tono ni con aquellas expresiones a ningún miembro de la servidumbre—. ¡Hazla entrar inmediatamente!

No había transcurrido ni un minuto cuando la armoniosa figura de Sophie quedaba enmarcada, inmóvil, bajo el dintel del portón de la biblioteca.

Creí estar soñando.

Me pareció, ahora, mucho más hermosa que la vez anterior. Su pelo rojo como el fuego brindaba los rizos y arabescos de una juvenil permanente que aumentaba el atractivo de su rostro. El cuerpo dúctil y voluptuoso de la mujer que le había dado un giro completo a mi vida, mostraba todo el fulgor de sus quiebros sinuosos con esplendidez casi morbosa debido al jersey negro, de

pelo, que encarcelaba sus pechos altivos y firmes, como la falda tubo color nieve cincelaba la perfección de sus glúteos excitantes.

Después de volver a verla, de mirarla con avaricia como lo estaba haciendo, pensé que me podía morir. Ya había visto todas las maravillas del mundo.

—He vuelto para casarme contigo, Percival.

Me quedé todavía más mudo de lo que estaba, hasta que conseguí gritar:

—¡Sophie! ¡Vida mía!

Vino a mis brazos y la estreché apasionadamente. Murmurando, mientras besaba con atropellada torpeza su cabello, su frente, sus ojos y mejillas:

—¡Jamás hubiera soñado poder recibir tanto!

—Yo soy la que debe estarle agradecida al destino.

No pude evitarlo, me estremecí vivamente.

Porque Sophie acababa de pronunciar la única palabra capaz de amargar, enturbiar y oscurecer la inmensa felicidad que yo paladeaba y saboreaba en aquellos instantes.

Me controlé del mejor modo posible, al tiempo que buscaba, febril, la boca de Sophie. Sólo sus labios podían conseguir que me olvidase, ahora, del fatídico destino.

Quince días después, la bella periodista, que prácticamente no había llegado a debutar como tal en las páginas del «Daily *Express*», sustituyó el apellido de Marchand por el de Harrison.

Quiso que celebráramos la unión religiosa en la Iglesia del Santo Sepulcro y Jefferson Hardin, su párroco, nos declaró marido y mujer. Cuando la parroquia quedó a nuestra espalda, pensé también que quedaban atrás, para siempre, unos capítulos del pasado que ya jamás tendría motivos de rememorar.

Mortimer Brown… Apariciones… Tuesday Brent… Invocaciones… Todo había muerto definitivamente. Porque yo, Percival Harrison, acababa de nacer a una nueva vida que no tenía el más remoto vínculo con la anterior.

4

Fue la propia Sophie quién decidió que pasáramos en el castillo la luna de miel.

—¿Dónde tendremos más intimidad que aquí?

Y yo quien decidí, en honor de la novia, que aquella noche brindáramos con champán francés.

Cuando llegó el momento de retirarnos a nuestra habitación, ella solicitó de Noel que trajera un cubo con hielo y una botella dentro de aquél.

—No estoy acostumbrado a beber, cariño —objeté.

—Ni a casarte tampoco… —sonrió con aquél su encanto cautivador y contagioso—, ¡supongo!

Chocaron nuestras copas cuando quedamos solos en el confortable recinto donde nuestro amor iba a convertirse en algo sólido a través de la pasión que hacía arder nuestras entrañas al desear poseer y ser poseídos.

Antes sin embargo de que Sophie acabara de desnudarse, le dije:

—Viniste a este lugar por una razón muy concreta y creo que ha llegado el momento de hablar de ella.

Se me acercó, libres sus pechos de nada que me impidiera contemplar su plenitud lozana, su pujanza excitante y juvenil, y poniendo dos dedos encima de mi boca, dijo:

—Acabamos de casamos, Percival. No quiero que me cuentes cosas… anhelo que me hagas cosas. Soy tuya. TUYA…

—Mi conciencia no me dejaría en paz un solo minuto ni tampoco saborear como deseo las mieles de la pasión. Antes de recibir tu cuerpo, quiero sincerar mi alma, Sophie. Pienso, además, que no es justo ni lícito que tenga secretos para ti.

—Si has de sentirte mejor… Te escucho —y tomó asiento en el filo de la cama.

Le expliqué la verdad de los hechos que habían concurrido,

veinte años atrás, en el caso Redgrave. Y cómo una justicia injusta había condenado a la horca a un inocente llamado Mortimer Brown.

—Percival… —Me miraba a los ojos con infinita ternura—, prométeme que nunca más hablaremos de esto.

Asentí lentamente.

—De acuerdo, pequeña.

Eran muchos y pródigos los encantos de Sophie, como para que mi pensamiento pudiera alejarse, en aquel momento, del fuego de su carne. De la lúbrica atracción que transpiraban los poros de su maravilloso cuerpo.

Desnudo cuerpo.

Me insinuó que lo cubriera de besos y lo hice. Besé cada milímetro de su piel brillante y cobriza sintiendo, por momentos, que difícilmente mi boca podría nunca separarse de aquel volcán que me enloquecía. Cuando mis labios, golosos, entraron en contacto con sus senos, una mancha roja como de sangre estalló delante de mis ojos apartándome de la realidad.

Sus jadeos, los murmullos que brotaban de sus labios envueltos con suspiros de placer, acabaron de trasladarme, a una región nueva, desconocida, en la que todos los caminos conducían al delirio.

Su fuego había llegado a mi garganta y ella, como si lo adivinase, sirvió dos nuevas copas.

Exclamé:

—No sé qué puede embriagarme más, Sophie… ¡que no seas tú!

Ella musitó:

—Quiero verte siempre, siempre, ebrio de mi cuerpo. Bebiendo de él, emborrachándote de pasión… ¡Percival, soy la mujer más feliz del mundo!

Las copas cayeron al suelo y creo que en algún momento, nuestros pies desnudos, mientras caracoleábamos el uno contra el otro, pisaron algunos fragmentos del cristal de Bohemia.

Pero no existía dolor superior al placer… al que yo alcancé en compañía de Sophie, fundido dentro de ella dentro de mí. Lo que más me excitó, lo que me enervó locamente, fue aquel grito que emitieron sus labios resecos ahora, cuando las nubes del orgasmo cegaron sus ojos azules y toda su naturaleza zozobró como un barco a la deriva.

Horas después y cuando la contemplaba plácidamente dormida, tuve la certeza de que era la criatura más deliciosa y bella que había tenido ocasión de admirar a lo largo de mi vida. Una vida de la que ya estaban consumidos 47 años. Demasiados, demasiados sin duda, si se comparaban con la lozanía húmeda de aquel cuerpo exuberante que descansaba, respirando tranquila y acompasadamente, junto a mí.

Estaba triste al no poder soslayar la evidencia de que Sophie había llegado tarde a mi existencia.

Medité…

Nunca era tarde…

Quise zafarme a tales pensamientos en un momento que sólo debía dar acceso a la felicidad. Los vapores del champán y el esfuerzo del amor comenzaron a aletargar mi cerebro como un bálsamo que pretendía alejarme de incómodas premoniciones.

Pero entre aquella nube que comenzaba a enturbiar mi mente, de pronto, surgió una palabra que parecía garabatear una mano siniestra, con letras de fuego, en cada rincón de mi pensamiento.

DESTINO…

—¿Qué jugada estará maquinando el canallesco destino para arrebatarme esta felicidad? —me pregunté en el silencio casi trágico que envolvía mi cabeza.

—¡Oh no, Dios! —suspiré en voz alta—. ¡Ahora no! ¡AHORA NO!

Y traté desesperadamente de quedarme en blanco y abrazar la oscuridad de un sueño reparador.

5

Northampton, noviembre 1983

Mis ojos, como si alguien tirara brutalmente de los párpados, se abrieron al momento escapando a la confusión tormentosa de un sueño angustioso que me asfixiaba.

—Percivaaaaaaaal…

¿Soñaba aún? ¿Estaba despierto? ¿Era cierto que alguien estaba susurrando mi nombre? ¿Se trataba de una fantasía de siniestro contenido que se hacía presente para abortar mi felicidad?

—Percivaaaaaaaal…

Era él.

Estaba allí.

¡MORTIMER BROWN!

Empuñando un hacha enorme, monumental, cuya hoja siniestra lucía un filo aceradamente fino. Un filo que él empujaba hacia adelante, inexorable, buscando la… la garganta de Sophie.

—Vengo a cobrarme tu injusticia. Percival. A robarte la felicidad para que sepas lo que es sufrir. Voy… ¡voy a cercenar tu felicidad de un solo tajo!

No… ¡Aquello era imposible! ¡Me estaba volviendo rematadamente loco! Mortimer no podía regresar… ¡No podía volver ahora, al cabo de veinte años, a decapitar mi ventura!

Desesperado, sudoroso, sabiéndome incapaz de moverme quise al menos gritar. Advertirla. Decírselo. Intenté bramar como un poseso para concienciarla del terrible peligro que la acechaba.

Aunque hubiera sido en tono quedo habría deseado decirle:

«Sophie, Sophie… cariño. Despierta. Escapa. Mi pasado vuelve para aniquilarte».

—No puedes, Percival, no puedes. Tendrás que conformarte con asistir como mudo e inmóvil testigo al exterminio de tu felicidad… ¡JA, JA, JA, JA!

Batía sus mandíbulas con crueldad infinita, con saña acumulada por espacio de veinte años, con morboso deleite. Porque se solazaba con el sufrimiento atroz que sabía me estaba acometiendo en la cárcel cruel de mi inmovilidad.

¿POR QUÉ NO PODÍA MOVERME? ¿POR QUÉ…?

Ni podía tampoco despegar los labios por mucho que lo intentaba, por mucho que…

¡DESCENDIÓ ENTONCES EL HACHA!

Cerré los ojos, sí. Pero llegó hasta mis oídos el grito. Preguntándome si al fin había conseguido que brotara de mi garganta. No… No era yo. Era Sophie quién acababa de aullar. Por fin se daba cuenta de la horrible realidad.

Se repitió. Con sonido de bestial alarido. Enervante, Sobrecogedor. La carne se me llenó de granitos antes de hervirme como si acabaran de meterme en una olla gigantesca. Después me envolvió un manto gélido y creo que empecé a tiritar.

Justo antes de que sonara el tercer bramido de Sophie.

Este último se produjo una, dos, tres décimas de segundo antes, a lo sumo, de que el agudísimo filo del hacha estallara con la fuerza de un huracán encima de su garganta.

El crujido, siniestro y morboso, me produjo un extraño éxtasis. Luego sentí ganas de vomitar.

Sonaba… sonaba el gorgoteo de la sangre escapando por el tajo brutal que el acerado filo había abierto en su cuello, por el boquete donde el agudísimo acero seguía insistiendo en su afán demencial, salvaje, atroz, de distanciar tronco y cabeza.

Justo en aquel momento, cuando el aire no me llegaba a los pulmones y éstos amenazaban estallar, conseguí moverme.

¿Despertar…? ¿Acababa de despertar, realmente, ahora?

—¡Dios del cielo! —Fue la exclamación que surgió desesperadamente de mi interior—. ¡Qué pesadilla tan horrible!

Brinqué de la cama, sobresaltado. Pálido como un muerto. Notando mi frente bañada por una película de sudor frío, glacial.

No… Mortimer Brown no estaba allí. Ni tampoco el hacha. ¿Y… ella?

—¡Sophie! —grité.

Nada. Silencio absoluto.

—¡SOPHIE!

Tenía que estar… ¡Dios! ¡Claro que estaba allí! Sophie se encontraba tendida en la cama. Durmiendo plácidamente. Arropada con las sábanas, claro.

Retiré el embozo con cuidado porque ella se había tapado por completo.

Sophie Harrison estaba dormida, sí. Sin cabeza…

¡DECAPITADA!

Yo, Percival Harrison, el hombre que pocas horas antes había abrazado la felicidad a los 47 años… me quedé rígido. Envarado. Ajeno. Lo mismo que cuando como médium entraba en trance para invocar a través de mis poderes la venida de un espíritu.

Vi sangre, mucha sangre, torrentes caudalosos de sangre empapando las sábanas, la colcha, el cabezal… sangre que manaba viscosa y voluptuosamente, del monumental y horrendo tajo que había cercenado el cuello de mi mujer.

Rodeé la cama con movimientos maquinales. Y al otro lado, encima de la alfombra… de pie y sostenida por unas extrañas e invisibles piernas, ¡estaba la cabeza de Sophie Harrison!

Y sus ojos cristalinos y de un extraño azul que yo en vida no había sabido descubrir, se movían, giraban dentro de las órbitas y parecían alzarse en busca de los míos.

Se clavaban fijamente en los míos.

Y empezó, en aquel momento, a moverse.

¡Su cabeza de sangrante garganta empezó a caminar hacia mí!

—¡NO! —bramé, mecido por ráfagas de paroxismo que me precipitaban hacia los abismos de la locura—. ¡MALDITO SEAS MIL VECES, MORTIMER BROWN!

Corrí hacia la puerta tropezándome con ella, tratando sin conseguirlo merced al nerviosismo y la torpeza… de abrirla.

Giré la cabeza atendiendo a una llamada hipnótica, a un grito silencioso que reclamaba mi atención, para contemplar fascinado en el delirio del tránsito, en el éxtasis del orgasmo más enfermizo que pudiera experimentar y cien veces más intenso que el alcanzado poco antes con ella, como la cabeza arrancada del tronco, brutalmente amputada de él, seguía viniendo hacia mí con sus ojos

fríos y paradójicamente expresivos clavados en los míos.

Me miraban…

Aquellas pupilas que tanto me habían cautivado, sin vida física ahora, pero que parecían haber encontrado otra nueva en alguna diabólica dimensión, me miraban. De una forma inquisitiva. Acusadora.

Fue entonces cuando lancé aquel postrer y horrendo alarido…

—¡¡Auxilioooooooooo!!

6

—Cariño, Percival querido… ¿Por qué no intentas hacer un esfuerzo? Anda, por favor, abre los ojos.

Era su misma voz, sin duda. Como procedente de lo más recóndito de una tumba tras haber resquebrajado con su eco la madera del ataúd…

—No eres tú, Sophie… —musité débilmente, como si desde el interior de mi sueño tratara de comprender y explicarme que era eso, un sueño, y no realidad. Insistiendo—: No puedes ser tú, Sophie. No puedes… porque hace poco te he cortado la cabeza con un hacha. ¿Es que no lo recuerdas?

—No se asuste, señora —era Noel Kirpatrick quién estaba hablando—. Elijah Weston, el secretario del señor, me ha dicho que ha tenido temporadas en que las pesadillas lo acosaban de tal modo que llegaba a confundir los sueños con la realidad. Pienso que la señora debería avisar a un doctor…

—Gracias, Noel. Eso mismo pensaba hacer.

Yo les oía como de muy lejos. Como en otro mundo. Así escuché insistir a mi joven esposa:

—Percival, vida mía. Tú no has hecho nada malo, amor. Ha sido una horrible pesadilla, pero todo ha terminado ya. Estoy aquí contigo, Percival. Soy Sophie… Tu Sophie. ¿No quieres mirarme?

¡Claro que quería mirarla!

Por eso alcé los párpados y abrí los ojos.

Huyendo de mis sentidos, al unísono, aquel sueño que pesaba sobre mí como angustiosa losa de plomo. Y ya despierto, totalmente consciente según me pareció creer, LA VÍ.

Allí a mi lado, ladeada hacia el respaldo de la butaca. Yo estaba despierto. No me cabía la menor duda. Por eso vi su cuerpo… Ondulante, lleno de lúbricas incitaciones en cada una de aquellas curvas. Palpitante. Lleno de vida. Rezumando pasión. Porque ella,

Sophie, había sido para mí desde el día en que apareciera con el ánimo de entrevistarme, un brillante y vibrante compendio de lujuria secular. Viva… Venida hasta mí con el furor de la prehistoria.

Sólo eso, sí.

CUERPO…

Su cuerpo… estaba allí. A mi lado, sí. Completo hasta el tronco, sólo hasta el tronco, porque de allí hacia arriba le faltaban garganta y cabeza.

Saqué mis ojos de las órbitas para enviarlos en busca de algo… posiblemente en busca de un convencimiento. ¿De qué necesitaba convencerme? ¿O de qué necesitaba no estar convencido? ¿Cuál era el fin de aquella fantasía y el principio de la realidad?

¿Era… realidad o fantasía?

Horrorizado, sintiendo que mi naturaleza se convulsionaba al compás zozobrante de unos espasmos agónicos, seguí, puede que por instinto o por escapar a la espectral visión, alzando mis desorbitados ojos.

Y en un extraño arranque de loca vehemencia, de rabia furibunda, bramé:

—¡MALDITO SEAS, MORTIMER BROWN! ¡MALDITO ALLÁ DONDE ESTÉS! ¡SÉ QUE ES COSA TUYA! ¡PERO LOGRARÉ QUE TE AHORQUEN OTRA VEZ! ¡QUE TE AHORQUEN PARA SIEMPRE!

—¡Kirpatrick! ¿Hay algún psiquiatra en Northampton?

—Sí —respondía el mayordomo—. Creo que hace un par de meses ha abierto su consulta aquí una tal doctora Young, cuya especialidad es la psiquiatría.

—¡Vaya a buscarla inmediatamente!

—¡Pero! ¿Y si no…?

—¡Haga lo que le digo, Noel!

—Sí, señora. Al momento.

—¡Percival por todos los Santos! —Era Sophie, sin cabeza seguramente pero poseyendo aún su cuerpo fascinante, quien me llamaba con desesperado acento de súplica—. ¡Percival! ¿Por qué no me miras de una vez?

Lo hice, sí.

—¡Sophie! —Le asustaba mi vacía expresión. Perdida. Estrábica. Exclamé de nuevo—: ¡Oh, Sophie! ¡Por fin te has puesto la cabeza!

Sí. Mi esposa, ahora, estaba completa.

Y yo, seguro, completamente loco.

Creo que lancé un alarido para desaparecer luego por un interminable tobogán de sombras que desembocaba, tras muchísimos años, en las más profunda simas de la oscuridad.

Adonde fui a parar, todo eran tinieblas.

7

—¿Se siente mejor, señor Harrison?

Sophie aclaró:

—Es la doctora Young, Percival. Mírala. Ha venido para curarte.

Sólo pude susurrar:

—¡Ah…!

Senta Young era una mujer que llevaba muy bien puesta su treintena y pico. Morena, de negros cabellos que peinaba en moño, ojos expresivos de puro azabache, facciones muy correctas y expresión afable presidiéndolas.

—Le he puesto una inyección, señor Harrison. ¿A que no recuerda nada de lo ocurrido?

Me sentía muy tranquilo, sereno y despejado, ésa era la verdad.

—Vagamente… —musité.

Y ella, haciéndome un pícaro guiño con su ojo derecho, anunció:

—Hay emociones que matan… o casi. Eso se entiende perfectamente con sólo mirar a su joven y bella esposa, señor Harrison.

Miré a la doctora Young con atención, preguntándole:

—¿Qué me ha sucedido realmente?

Ella se extendió:

—Una broma pesada de sus sistemas emocional y neuro-vegetativo, cuyo volumen de asimilación ha sido desbordado a consecuencia de la felicidad que para usted representa su matrimonio. Después, el miedo ancestral e instintivo a perder esa felicidad ha desatado una serie de mecanismos… ¿Para que hablar de ello, señor Harrison? Poco a poco, todo quedará en el olvido. Es cuestión de mucho reposo, vitamina B y sedantes. ¿De acuerdo?

Respondí, vacilante:

—Sí. Gracias…

—La acompaño, doctora —dijo Sophie, pasando delante de la

psiquiatra para abrir la puerta del inmenso dormitorio.

8

Northampton, febrero 1984

Habían transcurrido más de sesenta días y tal como dijera la doctora, los sucesos de la noche de bodas estaban ya en el olvido.

El tratamiento impuesto por Senta Young, podía decirse que había obrado maravillas en mí. Me sentía como nuevo. Como si fuera otro… pero con mis 47 años a cuestas y con la mujer más bonita y deseable que hombre alguno pudiese apetecer pendiente, atenta al menor de mis deseos.

Bonita, sí, hasta la saciedad.

Aquella noche se lo dije:

—No hay en el mundo una mujer más bonita que tú, Sophie.

Dejó ella encima de la colcha el periódico que estaba repasando y me miró para decirme, sonrojadas las mejillas:

—Pienso que fue tu galantería la que me cautivó, Percival. Sabes decir lo apropiado en cada momento.

—Es tu belleza, pequeña, la que me inspira lo justo en cada instante.

—¡Oh, Percival! ¡Percival querido!

Acaricié su cabello y le dije sin rodeos:

—Te deseo, Sophie. Mucho… Más incluso que aquella primera noche.

—Cariño, ¿no recuerdas las recomendaciones de la doctora? Reposo sexual absoluto durante tres meses…

Devoré su rostro con ojos ávidos y suplicantes.

—Sólo una vez.

—Percival —se debatía en un mar de dudas y confusiones—, ¿no te das cuenta de que tu actitud me enfrenta a un auténtico

problema de conciencia? No puedo negarte lo que es tuyo, mi cuerpo… ¡pero estoy obligada a velar por tu salud!

SU CUERPO…

¡Lo deseaba tanto! ¡Lo necesitaba para seguir viviendo!

—Cariño, Sophie… no puedo más.

Ella salió de la cama, decidida a mantener su lógica y razonable negativa, diciendo:

—Voy a prepararte la medicina —y regresó a mí con un vaso de contenido efervescente que agitaba con una cucharilla. Dijo—: Anda, sé bueno. Toma esto.

Bebí aquel líquido con sabor a naranja y cuando le devolvía el vaso a Sophie traté de dominar su cintura y traerla contra mí, lo que pudo evitar merced a su juvenil agilidad.

—Percival… —Me estaba mirando desde lejos con ojos de fuego, con pechos volcánicos que yo veía subir y bajar aceleradamente debajo del pérfido y sugestivo camisón—, por favor. Te prometo que mañana hablaré con la doctora… Si ella me dice que estás en condiciones de hacerlo sin peligro… ¿De acuerdo? Prométeme que esta noche no lo volverás a intentar.

—Está bien. De acuerdo… Prometido.

Sophie regresó al lecho procurando no rozarse tan siquiera con mi cuerpo y yo le di la espalda en infantil actitud de huir a la tentación y el deseo. Noté, pronto, que el sopor que solía envolverme cada noche luego de ingerir aquel fármaco, se hacía más intenso y espeso que las anteriores. Mucho más profundo. Tuve incluso la sensación absurda y extraña de que unos largos y viscosos tentáculos surgían sigilosamente de la oscuridad para succionarme con avidez arrastrándome hacia aquélla.

Los párpados me pesaban mucho.

Muchísimo…

No podía resistir el tenerlos abiertos ni un segundo más.

Sin embargo, al momento, conseguí tirar hacia arriba de ellos con la necesidad imperiosa de buscar algo.

Lo que no sabía con certeza era si los había abierto al segundo siguiente de cerrarlos… o si habían transcurrido muchas horas desde el instante en que los corriera.

Sophie, se movía y removía, nerviosa pero dormida, como si fuese ella ahora la víctima de una horrible pesadilla. Y la oí,

incluso, hablar.

—«¡No, no, esta noche no puede ser, Noel! ¡Claro que te deseo…! Pero estamos corriendo el riesgo de que mi marido se entere y…

»Pensé que el destino y sus canalladas se cruzaban de nuevo en mi camino. Comprendí que el maldito Mortimer Brown seguía, desde el más allá, manejando los hilos de mi tragedia… de aquella siniestra fantasía con la que pretendía arruinarme definitivamente.

—»Noel, Noel, vida mía… ¿es que no comprendes que me estás excitando al máximo? Sí, claro que deseo hacer el amor contigo…».

Sophie se levantó del lecho, con los movimientos propios de un sonámbulo, caminando despacio y con las manos extendidas, hacia la puerta.

Una nube roja flotó entonces delante de mis ojos. No pude evitar que una rabia sorda se apelotonara contra mis sienes martilleándolas porque, aunque fuese en sueños, aunque no fuera verdad, Sophie estaba hablando de traición y engaño.

Sin poder evitarlo… deseé matarla.

Fue entonces, cuando mis pupilas inyectadas en sangre seguían el obsesivo rotar de sus glúteos bajo el camisón al compás de las escultóricas piernas que, con exasperante lentitud, seguían avanzando hacia la puerta… fue entonces, sí, cuando de soslayo capté en tierra el brillo cegador del acero.

Del hacha.

El mango brillante, como recién barnizado, lucía y chispeaba casi tanto como el mismo acero del filo.

—«Noel, mi vida… ¡cómo te deseo!».

Me precipité, furioso y perdida la razón, sobre el hacha, alzándola del suelo como si fuera una pluma.

Gritando, cuando enloquecido y babeante me lanzaba contra Sophie, hoja en ristre:

—¡Muere, maldita ramera! ¡MUEREEEEEE!

9

—Señor, ha llegado la policía.

Miré con torpeza y asombro a Noel Kirpatrick.

—¡Eh…! ¿Cómo? ¿La policía? ¿Qué hace la policía en esta casa?

Trató de hacerme volver a la realidad. Con paciencia, explicó:

—Señor, recuerde… El accidente tan espantoso que ha sufrido la señora. Usted mismo me ha ordenado que llamara a…

—¿Accidente? —inquirí con boba expresión.

—A su esposa, señor Harrison, le han cortado la cabeza con un hacha —una nueva voz se filtró en el diálogo, incoherente por mi parte, que manteníamos Noel y yo.

—Es el teniente Drake… —presentó Kirpatrick.

—Soy Olivier Drake, del Departamento de Homicidios de Scotland Yard, señor —anunció el propio interesado, mostrándome la credencial adherida contra la piel de una pequeña cartera de bolsillo. Y añadió—: Permítame en principio, señor Harrison, que le exprese el testimonio de mí más sentido pésame. Ya… ya he visto el cadáver mutilado de su esposa.

Despacio, con una lentitud que pareció atravesar siglos y más siglos, erguí la cabeza para mirar confusamente al policía. Era un hombre alto, recio, de atlética contextura, que no aparentaba más de veinticinco años. Con los rizos de su cabello ondulado debía rozar o rebasar los seis pies de altura. Tenía los ojos tan negros como el pelo, puede que más todavía, y miraban profundamente. A mí, me pareció que me miraban inquisitiva y acusadoramente.

En vista de mi silencio, preguntó:

—¿Es cierto que usted practica el espiritismo, señor Harrison?

Me sorprendió la pregunta pero respondí, escueto:

—Cierto.

—Y… —Olivier Drake pareció dubitativo ante la siguiente pregunta que iba a formularme—: ¿Piensa que el espiritismo pueda

tener relación con la inesperada y brutal muerte de su esposa?

Pospuse mi contestación porque en aquel instante, acompañada de Brenda Miles, el ama de llaves, hacía acto de presencia en el salón la doctora Senta Young.

Fue Kirpatrick quién se encargó de presentarla al teniente de Homicidios, y Drake la puso al corriente del porqué de su presencia. Senta no hizo aspavientos alarmistas por el simple hecho de que Brenda ya la había puesto en antecedentes cuando había llegado al castillo en respuesta a la urgente llamada telefónica de mi mayordomo.

—¿A santo de qué se le ocurre semejante cosa, teniente? — Procuré no mirar a la doctora cuando contestaba al policía con un interrogante.

—No lo sé, de veras —repuso dubitativo. Insistiendo—: No lo sé… Hay formas de proceder en los policías que se deben, supongo, a eso que la gente llama deformación profesional. Entonces, según usted señor Harrison, ¿quién podía tener motivos… envidia, odio o venganza, para asesinar a su esposa?

Rehuyendo la pregunta me limité a susurrar como si rezara:

—El espiritismo nada ha tenido que ver con la horrible muerte de Sophie… pero puede ayudarnos a esclarecerla, teniente.

—Temo no haber comprendido, señor Harrison —admitió.

Y yo, de un tirón, sentencié:

—¡Invocándola en una sesión de espiritismo, Sophie nos dirá el nombre de su asesino!

—¡Absurdo! —estalló el policía, mirándome ahora con algo superior a la estupefacción—. ¡Eso es demencial!

—Pero posible… —musité—. ¿Perdemos algo intentándolo, teniente?

—Pienso que debe concederle esa oportunidad, teniente — intervino en mi favor la doctora Young.

—Bien, si usted lo dice… —Vi que el policía aún dudaba. Pero me miró, preguntando—. ¿Cuándo, señor Harrison?

—Esta noche, a las diez en punto —respondí sin dudarlo.

Un cuarto de hora antes de que los campanarios desgranasen las diez, todos se encontraban, expectantes, reunidos en torno a mí.

Yo ni les veía porque mi pensamiento y mi fuerza estaban concentrados en dos mujeres: Tuesday Brent, a la que estaba

suplicando ayuda; y Sophie Harrison, a la que le pedía total sinceridad.

—Ha llegado la hora —dije de pronto—. ¿Quieren seguirme, por favor?

Senta Young, Olivier Drake, Noel Kirpatrick, Brenda Miles y mi secretario particular Elijah Weston, que acababa de incorporarse a la reunión, me siguieron en absoluto silencio hasta el piso superior, donde estaba la enorme sala en que solíamos celebrar, antes de la llegada de Sophie al castillo, las sesiones de espiritismo. Era una estancia cuadrangular y en cada uno de sus vértices, dentro de enormes y pesados candelabros, erguíase, encendido, un grueso cirio.

Para el de Homicidios y para Senta Young, la escena se les antojó un tanto espectral. No para los demás, que estaban familiarizados con ella. En el centro geométrico de la sala, había una mesa redonda cubierta por un tupido mantel negro cuyos bordes se arrastraban en tierra.

—Sentémonos —ordené.

Así lo hicieron.

—Unamos nuestras manos por encima de la mesa —dije después.

Me obedecieron. Y noté que algunos cuerpos temblaban ligeramente. *In mente*, dirigí una última y encendida súplica a Tuesday Brent rogándole que me acompañara y anuncié:

—Concentrémonos…

»Dejemos en blanco nuestras mentes…

»Y ahora unámoslas en un único pensamiento…

»Pensemos en el cadáver decapitado de Sophie Harrison…

»Pensemos en ella.

»EN SU CUERPO SIN CABEZA…

»EN EL HACHA QUE CERCENÓ SU GARGANTA…».

Sólo yo hablaba. Únicamente mi voz se escuchaba.

Y de repente, enmudecí. En el justo instante en que los cuatro cirios se apagaron a un tiempo.

Y entonces:

—Sophie. ¡Sophie! ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme…?

Brinqué en una contorsión notablemente superior a las demás. Una contorsión que hizo de mi cuerpo algo parecido a un

gigantesco berbiquí.

—¡Sophieeeeeeeee!

Una viscosa sustancia rezumó por los abiertos poros de mi naturaleza, cuando ya todos estaban reclinados sobre la mesa, como dormidos…

Y:

—Sí… sí, Percival, te oigo. Estoy aquí.

Era ella. Esta vez lo era, sí, seguro. La voz de Sophie Harrison.

Fue cuando alzaron las cabezas, repentinamente, los asistentes. Alzaron sus rostros al techo igual que si una víbora acabase de inocularles en la nuca todo su veneno.

Y LA VIERON.

Y escucharon como los labios de aquella cabeza que flotaba en el aire, cobrando sonoridad a través de los míos, con su voz, decía, mientras yo continuaba contorsionándome espasmódicamente:

—Fue Noel Kirpatrick… fue el mayordomo, Percival. Estaba loco de pasión por mí. Me asediaba. Me perseguía a todas horas. Me proponía situaciones aberrantes. Intentó forzarme y como yo me resistía, me negaba con todas mis fuerzas… ¡¡Aaaaaaaaaag!!

Dio un brinco la cabeza suspendida en el vacío. Y yo otro. Volviendo a la realidad, para gritar como un poseso:

—¡Estúpidos! ¡Uno de ustedes ha dejado de concentrarse!

La visión de Sophie ya no existía. Los cirios ofrecían de nuevo su luz espectral como si los hubiese vuelto a encender una mano siniestra. Yo, sudaba copiosa, desesperadamente. Todos sin excepción mostraban expresiones de asombro y terror. Porque la habían visto. Porque la habían escuchado.

Fue Brenda Miles, el ama de llaves, quien anunció:

—Ya lo ha oído, teniente, Drake. Noel Kirpatrick, el mayordomo, es su hombre.

—¡Juro que soy inocente! —le oí gritar sin excesiva convicción.

Acto seguido me puse en pie, tambaleante, y susurré:

—Debo… debo retirarme a descansar. Disculpen… Estoy agotado.

Mi secretario me acompañó al dormitorio.

Apenas me dejé caer de bruces sobre el lecho, como buscando ocultar mis ojos a las fantasías siniestras y esconder mi subconsciente al mundo de la irreal fantasmagoría cuando, creo, me

quedé profundamente dormido. No existieron sueños macabros. Ni pesadillas demoníacas. Ni horcas. Ni Mortimer Brown. Ni hachas. Ni cabezas cercenadas…

Pasado un tiempo, no sé cuánto, alguien golpeó en mi espalda.

—Percival… ¿Duermes aún?

Di la vuelta al tiempo que me incorporaba, buscando la persona que acababa de hablarme. Y la vi, claro. VI… VI A MI DIFUNTA ESPOSA SOPHIE, DE PIE, ERGUIDA Y SONRIENTE JUNTO AL LECHO, COMPLETA DE PIES A CABEZA.

—¡No… no puede ser! —Me tapé los ojos—. ¡Tú estás muerta!

—Fantasías tuyas, Percival. Acabarás por volverte loco si no consigues discernir entre el mundo de los sueños, de la ficción que tú mismo alimentas, y el de la realidad. Yo soy Sophie, tu esposa… tu deseada Sophie. ¿No me estás viendo? ¡MÍRAME, PERCIVAL!

—¡Estás muerta! —grité, negándome a mirarla—. ¡MUERTA!

—No, no, Percival querido. No estoy muerta…

—¡Sí! —Estaba crispado, en peligrosa tensión—. ¡Sí lo estás! ¡Porque fui yo… yo quien te cortó la cabeza! ¡Por eso sé que estás muerta! ¡¡MUERTA PARA SIEMPRE, SOPHIE HARRISON!!

Se abrió entonces la puerta del dormitorio dejando paso a la elevada y atlética figura del teniente Drake.

—Es mejor así, Harrison —dijo de la manera más natural del mundo. Añadiendo—: Lo he sabido desde el primer momento y también que no sería fácil arrancarle una confesión. Por eso he accedido a esa fantochada en la que usted se complace a menudo. He pensado que aprovechando su confusión mental y con la ayuda de la doctora…

Senta Young estaba retirando de su rostro, despacio, la mascarilla que reproducía las facciones de Sophie Harrison.

Incliné la cabeza, abatido.

Y de pronto, les sorprendí a todos, saliendo de mi inmovilidad como una exhalación. Para cruzar frente a ellos y saltar la balaustrada del abierto balcón perdiéndome en el vacío, en la oscuridad de la noche, destrozando su silencio con un:

—¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaag…!!!

10

Northampton, febrero 1984

—Os habéis comportado todos como verdaderos profesionales de la escena. Habéis estado magníficos, ¡de veras! —No se cansaba de alabarles Sophie Harrison. Tendiéndole la mano a Senta Young, le dijo especialmente—: Te felicito por las sugestivas drogas que le suministraste. ¡Hacerle creer que me estaba decapitando, cuando en verdad lo hacía con un maniquí de trapo!

—Nada más sencillo de conseguir en una psique «tocada» como la de tu marido —repuso la doctora con diabólica sonrisa y cruel modestia—. Era la suya una mente enfermiza, fácilmente sugestionable, predispuesta a lo irreal y fantasmagórico. Los sódicos que fui disolviendo en los fármacos hicieron el resto. Es fácil precipitar una psique así al vergel de las alucinaciones de forma que, cuando retorne, quede incapacitado para separar la visión de lo real…

—Extraordinario —la interrumpió Sophie. Añadiendo—: Dentro de dos meses a lo sumo nos habremos repartido la herencia. Hay que esperar los días que dispone la ley, la lectura del testamento, etcétera. Tocamos por cabeza a una cantidad que jamás podríamos haber imaginado. ¡Una verdadera fortuna para cada uno! Aunque en mi caso, el móvil de todo esto no ha sido el dinero. No…

—¿Cuál entonces? —preguntó el falso policía.

—Venganza, Olivier. Venganza… En realidad me llamo Sheila Brown y soy la hija de un hombre que fue ahorcado injustamente hace 20 años. El fiscal de aquella causa era… Percival Harrison.

Todas las expresiones evidenciaron sorpresa y asombro.

Al día siguiente, los rotativos de mayor tirada y más elevado

número de lectores del Reino Unido, publicaban este texto:

> «PERCIVAL HARRISON, MULTIMILLONARIO Y PROHOMBRE DE TODOS CONOCIDO PESE A LLEVAR VEINTE AÑOS RETIRADO EN LA SOLEDAD DE SU CASTILLO DE NORTHAMPTON, SE HA SUICIDADO A PRIMERAS HORAS DE LA PASADA MADRUGADA. PARECE SER QUE HARRISON SE HA QUITADO LA VIDA POR HABER FRACASADO EN UNAS INVOCACIONES REALIZADAS AYER POR LA NOCHE EN EL CURSO DE UNA SESIÓN DE ESPIRITISMO AL QUE, COMO SE SABE, ERA ADEPTO COMO CREYENTE Y PRACTICANTE. SEGÚN CÍRCULOS ALLEGADOS A LA FAMILIA, PERCIVAL HARRISON, INCOMPRENSIBLEMENTE, TRATÓ DE INVOCAR EL ESPÍRITU DE SU ESPOSA SOPHIE QUE SE ENCONTRABA PRESENTE EN LA SESIÓN. LA DOCTORA EN PSIQUIATRÍA SENTA YOUNG, QUE EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS VENÍA ATENDIENDO LOS PROBLEMAS MENTALES DE HARRISON, HA MANIFESTADO A ESTA REDACCIÓN QUE…».

11

—Pidamos por nuestro hermano Percival a Jesucristo, que ha dicho: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre» —el padre Jefferson Hardin, sosteniendo el ritual de exequias con su mano diestra al borde de la sepultura donde los funcionarios dejaban descender el ataúd que contenía los restos mortales de Harrison, recitaba aquella oración verdaderamente afectado. Poniendo en su voz un timbre de convencimiento añadió —: Tú, Señor, que lloraste en la tumba de Lázaro, dígnate enjugar nuestras lágrimas.

Hizo un alto para escuchar la respuesta de cuántos estaban reunidos en aquel rincón del camposanto de Northampton. Así:

—Te lo pedimos, señor.

—Señor —prosiguió el párroco de la Iglesia del Santo Sepulcro —, ten misericordia de tu siervo Percival, para que no sufra castigo por sus faltas, pues deseó cumplir tu voluntad. La verdadera fe le unía aquí, en la tierra, al pueblo fiel… Que tu bondad le una ahora al coro de los ángeles y los elegidos. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos…

—Amén.

Comenzó a desfilar el duelo presentando testimonio de condolencia a la enlutada viuda. Los miembros de la servidumbre echaron un puñado de tierra encima del féretro y los funcionarios, acto seguido, procedieron a cubrir la sepultura.

—¿Lo ve, padre… lo ve? —sollozó amargamente Sophie, recostando la cabeza contra el torso del sacerdote. Añadiendo—: Jamás podré decir ni saber el porqué… ¡pero lo presentía! ¡Estaba segura de que algo horrible iba a suceder! Pero porque le amaba quise engañarme cerrando los ojos a la angustiosa realidad presentida. ¡Oh, padre Jefferson! ¿Qué será de mi ahora? Ahora que

me falta el amor cuando apenas acababa de conocerlo… ¡Voy a volverme loca, padre! ¡Loca!

La acarició con suavidad tratando de hallar unas palabras de consuelo que no le acudían a la mente y mucho menos a los labios. Pero dijo:

—Sé que es horrible, Sophie. Y que nada de lo que yo pueda decir te calmará en este momento. Sólo puedo aconsejarte que tengas fuerza y fe, que no desmayes. Que reces… La oración, ahora, es el único camino.

—Padre, gracias. Pero si me permite, desearía estar sola unos minutos.

—Comprendo, Sophie.

Y se alejó el sacerdote.

Junto a la tumba donde acababa de ser sepultado para siempre el cuerpo de Percival Harrison se mantuvo erguida, solitaria, inmóvil, la enlutada figura de Sheila Brown.

—Ya has pagado, fiscal —murmuraron sus labios, en tono quedo. Con odio todavía. Repitiendo—: Ya has pagado…

EPÍLOGO

Northampton, febrero 1984

—Sheila…

Ladeó la cabeza con rapidez, sobresaltada.

Sus ojos, al mirarme, se agrandaron al límite.

—¡NO!

Con voz apagada, sintiéndome culpable de muchas cosas, murmuré:

—Lo supe desde que volviste para casarte. Todo aquello no podía ser real, no podía serlo. Averiguar tu verdadera identidad fue muy sencillo. Decidí seguir tu juego porque descubrirlo habría sido precipitarse a otro plan siniestro y sinuoso para asesinarme. Al menos, así, podía anticiparme… Yo te quería de verdad, Sheila. Te quiero aún… —La miraba con una ternura que notaba desde lo más profundo de mi ser y que obviamente tenía que asomar a mis ojos —. Todavía estamos a tiempo de…

Había comenzado a retroceder, a caminar hacia atrás pero con su rostro prendido del mío y sus ojos fijos, clavados como por un frenesí hipnótico, en los míos.

—¡Te suicidaste, Percival! ¡Yo lo vi! —continuaba andando de espaldas—. ¿Qué clase de maquiavelismo es éste? ¿Quién eres tú en realidad?

—Percival… Soy Percival Harrison. Yo no salté por la balaustrada, Sheila. Había un hombre oculto en el balcón, un tal Richard Caine. Enfermo de cáncer, irreversible, sentenciado a muerte. Tenía un gran parecido físico conmigo y la cirugía plástica hizo el resto en su momento. A Caine no le importó anticipar la fecha de su muerte a cambio del medio millón de libras que ha

asegurado el futuro de su mujer e hijo. Sheila, tuve que hacerlo así, ¿comprendes? Porque estaba seguro de que llegado este momento, el que estamos viviendo ahora, podríamos borrar el pasado definitivamente. Yo, amor mío, no le hice ningún daño a tu padre. No tuve la culpa…

—¡Calla…! —rugió, fuera de las órbitas sus ojos azules, crispada la expresión de su faz hermosa en una horrible mueca de odio e ira —. ¡Calla de una vez, maldito! No puedo creer que seas tú, ¡NO PUEDO! ¡Y pensar que…! —Me miró fijamente tras enmudecer de pronto—. No, no eres Percival. Yo te administré cada día las drogas que preparaba Senta…

—Para las que me eran inyectados los correspondientes antídotos. Conociendo tu plan, Sheila, pude prever cada uno de tus pasos. ¿Es que no lo entiendes?

Su rostro se convirtió en una máscara tal que me hizo estremecer.

—¡SóLO ENTIENDO QUE QUIERO VERTE MUERTO! ¡MUERTOOOO!

Sus pies, que proseguían el lento retroceso, se enredaron entonces con una raíz que medraba, sobresaliendo, entre la gravilla. Sheila Brown perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

—¡Aaaaaaaah!

Yendo a golpear con la nuca contra el filo del féretro de una sepultura vacía y abierta, dentro de la cual se apelotonó grotescamente su cuerpo joven y deseable.

—¡Sheilaaa! —aullé.

Vi el bulto negro dentro de la tumba componiendo una asimétrica figura. Vi la muerte encima de ella… La muerte que reinaba en aquel cementerio, en todos los cementeros del mundo aguardando, pacientemente, a las víctimas del destino.

—¡Sheila! —sollocé con amargura.

Y mi diestra emergió del bolsillo del gabán empuñando el revólver que allí llevaba… revólver cuyo cañón incrusté en mi sien antes de apretar el gatillo.

Debió de retumbar como un cañonazo, despertando a todos los muertos, el impacto del proyectil que acababa de volarme la cabeza.

Por fin… ¡había escapado al destino!

FIN

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

NOTAS

[1] Se describe el ectoplasma como una substancia fluida y material, viscosa al tacto y visible sólo unos segundos, que emana generalmente del cuerpo del médium cuando este entra en trance y, según la teoría espiritista, toma la forma humana del espíritu que invoca aquel merced a sus pensamientos y a su virtud de percepción extrasensorial. (N. del A.). < <